

OK

Universidad Autónoma Metropolitana

División de Ciencias sociales y Humanidades

Licenciatura en Historia

Seminario de Investigación III

***Análisis historiográfico de la obra de Héctor Aguilar
Camín***

Alumno: David Acevedo Santiago

Asesor: Mtro. Federico Lazarín Miranda



Ciudad de México

Agosto de 2002

La búsqueda del presente

“Comienzo con una palabra que todos los hombres, desde que el hombre es hombre, han proferido: *gracias*. Es una palabra que tiene equivalentes en todas las lenguas. Y en todas es rica la gama de significados. En las lenguas romances va de lo espiritual a lo físico, de la gracia que concede Dios a los hombres para salvarlos del horror y la muerte a la gracia corporal de la muchacha que baila o a la del felino que salta en la maleza. Gracia es perdón, indulto, favor, beneficio, nombre, inspiración, felicidad en el estilo de hablar o de pintar, además que devela las buenas maneras y, en fin, acto que expresa bondad de alma. La gracia es gratuita, es un don aquel que lo recibe, el agraciado, sino es un mal nacido, lo agradece: da las gracias. Es lo que hago yo ahora con estas palabras de poco peso. Espero que mi emoción compense su levedad. Si cada una fuese una gota de agua, ustedes podrían ver, a través de ellas, lo que siento: gratitud, reconocimiento. Y también una indefinible mezcla de temor, respeto y sorpresa al verme ante ustedes...”

Octavio Paz
(Conferencia de recepción del Premio Nobel, 1990)

A Papá y Mamá

*A Consuelo, mi abuela
In Memoriam*

A Isela

con gratitud

Indice

Introducción.....	1
Semblanza Biográfica.....	10
1. Estado del Conocimiento.....	11
1.1 Esbozo de la Historiografía Mexicana en la segunda mitad del siglo XX.....	14
1.2 Las tradiciones historiográficas extranjeras y su recepción en México.....	22
2. Héctor Aguilar Camín y su obra	
2.1 El autor y el lector como problemas historiográficos.....	28
2.2 Un análisis historiográfico.....	39
Unas palabras sobre <i>La Guerra de Galio</i>	88
Conclusiones.....	95
Bibliografía.....	106

Análisis historiográfico sobre la obra de Héctor Aguilar Camín

David Acevedo Santiago

La historiografía (es decir "historia" y "escritura") lleva inscrita en su propio nombre la paradoja -y casi el oxímoron- de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer como si los uniera.

Michel de Certeau. La escritura de la historia .

La Historia de la Escritura debe describir, finalmente, Los avatares de todos los profetas, de los que conservamos algún recuerdo, a saber: la vida, las costumbres y gustos del autor de cada libro; quién fue, con qué ocasión, en qué época, para quién y, finalmente, en qué lengua escribió. Debe contar además los avatares de cada libro: primero, cómo fue aceptado; después cuantas fueron sus diversas lecturas y quienes aconsejaron aceptarlo entre los libros sagrados; cómo, finalmente, todos los libros, una vez que todos los reconocieron como sagrados, llegaron a formar un solo cuerpo. Todo esto, repito, debe incluirlo la Historia de la Escritura.
Spinoza, Tratado Teológico- Político.

Introducción

Mi primer acercamiento a la obra de Héctor Aguilar Camín quizá haya ocurrido en 1989 o un poco antes, no recuerdo con precisión que fue lo primero que leí de él. Lo que sí sé es que la lectura de *La Guerra de Galio* me produjo una honda sensación de congoja, los temas que trataba, así como sus impresiones de la existencia me condujeron a pensar que se podía escribir novela con tintes políticos mezclada con historia. Es así, como me convertí en lector más o menos habitual de lo que iba escribiendo, artículos en la Jornada, en la revista Nexos, cuentos, y ensayos sobre la política nacional me fueron llevando hasta la certeza de que era en el estudio de la historia donde existía la posibilidad de comprender con mayor amplitud la serie de problemas que poco a poco fui descubriendo, aquejaban al país.

De esta forma comencé a ver que hay ciertos momentos y tendencias que marcan la óptica que sobre los acontecimientos históricos se cierne. Sin duda, los hechos económicos, políticos y sociales que han marcado el siglo XX, quebraron en muchos sentidos las formas y las explicaciones de la historia. Historias que celebraron un rumbo y opacaron el ámbito de lo marxista. La dialéctica materialista dio paso a reinterpretaciones de la libertad. La historia total vislumbró la larga duración como un acercamiento mucho más complejo a la interpretación del pasado.

Las preguntas se multiplican adquieren el nivel de guía en el mundo de las ideas. Pensar las formas en que el discurso histórico ha cambiado y analizado su desarrollo, requiere algunas respuestas:

¿Cuáles son las características de un discurso histórico como el de Héctor Aguilar Camín?

¿Hasta donde es posible mirar el pasado y su interpretación con los ojos del presente? Es decir, cuáles son las condiciones que se articulan alrededor de mi manera particular de leer e interpretar la obra de un historiador y analista político como Aguilar Camín?

¿En qué medida se puede hablar de una disciplina con pretensiones científicas, cuando se aborda un texto, con una carga ideológica y un contexto definidos?

La teoría y la práctica, la práctica y la teoría son espacios de la construcción hermenéutica; asistir a la lectura de un libro de historia puede convertirse en un

acto cargado de infinidad de significados y de sentidos. La transmisión, recepción y configuración del conocimiento histórico está entrelazada con las prácticas culturales, pero también con el lugar y el contexto desde donde se lee. El *homo faber*, el *homo sapiens*, el *homo economicus* o el *homo ludens* atienden a concreciones culturales, pero marcan también modos de entender hechos históricos.¹

Cuando hablamos de la obra de un historiador como Héctor Aguilar Camín nos referimos a un discurso situado históricamente. Su construcción como conocimiento tiene raíces sociales e históricas definidas. Es decir, se trata de una historia, que tuvo la necesidad de formar un conjunto de reglas y arribar a una serie de convenciones que dieran origen a un método, como tal, este método sería capaz de otorgarle legitimación social y aceptación como un saber científico. Un saber que tuvo que ir incorporando acercamientos distintos en tanto el objeto de su estudio iba perdiendo cercanía. En tanto el presente se volvía pasado.

Además sería posible preguntarse ¿Qué elementos de reflexión individual y qué condiciones económicas, políticas y sociales permiten la elaboración de un discurso histórico como el de Aguilar Camín visto como un saber del pasado? Ello sin eludir la pregunta respecto a la función social de la historia. ¿Por qué buscamos recordar el pasado? Pareciera ser que el pasado es algo que nos sigue

¹ Para una revisión puntual e ilustrativa de las discusiones actuales en torno a la historiografía es posible ver. Alfonso Mendiola, Guillermo Zermeño. “De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica” en *Historia y Grafía* . No. 4. Universidad Iberoamericana. 1995. 245-261p.

afectando, es el lugar donde la historicidad adquiere a cabalidad su condición ontológica.²

Y la reescritura el único modo de ver con diferentes ojos y escrutar con nuevas miradas el pasado. Si el presente es cambiante, es él que nos llevará a formular la pregunta histórica, entonces resulta imposible que la respuesta sea definitiva, válida de una vez y para siempre. Cada generación la verá y evaluará de manera diferente y dentro de cada generación, esa visión no será uniforme, pues estará formada en cierto sentido por la clase social, posición política y los proyectos y conflictos en los que participe el historiador como ciudadano. Amén de la trayectoria académica, de las lecturas que lo acompañen, de la metodología utilizada y de su concepción de la historia.

La teoría de la historia como parte intrínseca de la formación del historiador se ha vuelto una tarea obligada, ya no es posible adentrarse en el oficio de la historia con el simple sentido común. No se puede ignorar una reflexión que se quiera o no, influye en el desarrollo de la disciplina y afecta los resultados de las investigaciones en la medida en que la profesionalización de la historia significa ser parte del desarrollo de la ciencia en general; no se pueden esquivar las discusiones y requerimientos de las ciencias sociales, de las ciencias naturales, de las ciencias del lenguaje, o incluso de los avances tecnológicos, ello implica poder dar cuenta de los alcances y límites de nuestra actividad acorde con los problemas

² Véase la introducción de Hayden White. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica. 1992. pp. 9-50.

que representa el estudio del pasado. La pretensión de conocer el pasado lleva a atender tanto las particularidades del método, de cómo esto es posible y dentro de qué límites, así como una reflexión sobre las condiciones que lo posibilitan.

La segunda mitad del siglo XX es escéptica respecto a las expectativas totalizadoras generadas en el siglo XIX. Pero no sólo con ella, las generalizaciones extremas tuvieron como causa, el afianzamiento de un futuro. La construcción de la utopía ganó el espacio de las discusiones, las causas y sus consecuencias. Bajo el argumento del futuro por conquistar se explicó la historia en función de los grupos que alcanzarían el sueño.

Estamos en condiciones de realizar un balance acerca de nuestros juicios sobre el pasado. El desarrollo de los acontecimientos políticos y sociales así como las discusiones teóricas- metodológicas generadas por ellos, exigen a la historia mayor humildad en sus consideraciones y mayor rigor en cuanto a la comprensión de su propia práctica. Si en un primer momento se pensó que el pasado escrito en los documentos, era condición de posibilidad del saber histórico, ahora sabemos que se trata sólo de una condición inicial. La explicación histórica se vuelve un proceso creativo que involucra la actividad y la forma de ser y de pensar del historiador.³

³ Stierle Karlheinz. "Experiencia y forma narrativa. Anotaciones sobre su interdependencia en la ficción y la historiografía" en Silvia Pappel (coord.) *Debates recientes en la historiografía alemana*. México. Universidad Autónoma Metropolitana -- Universidad Iberoamericana. 2000 pp. 457-499.

La relación que se establece entre estos dos elementos, los materiales que contiene información sobre el pasado y las características del investigador situado en un momento y lugar dados no transcurre de manera plácida. En este sentido, el estudio de la historia es una manera de revelar nuestra identidad en el "presente", es también una forma de explicar y de entender lo que sucede.

Nuestro reconocimiento de que existen distintos saberes y formas de interpretación de la realidad, se inscribe o surge como respuesta a problemas específicos. También enuncian consideraciones de tipo ideológico, es como si se mirara a través de un caleidoscopio: La realidad o lo que entendemos por ella se fragmenta, se ensancha, resulta tan amplia y compleja que se vuelve inabarcable, inasible. Pero este estado de las cosas no es resultado del conocimiento inmediato, accedemos a él a través de la acumulación de saberes y formas de conocer que nos antecedieron. Es indispensable aprender de la tradición -decía Luis Buñuel que lo que no es tradición es plagio⁴-, situar el papel que desempeña la teoría en el discurso histórico, no es sino tratar de hacer explícito el desarrollo de las relaciones entre el quehacer práctico de la historia como explicación del pasado y la reflexión que ella suscita sobre esta misma posición.

Este momento nos deja ver una pauta para entender que significa explicar en historia, pues colocar el punto de explicación del pasado en el presente, significa que el pasado sólo se puede conocer desde el futuro de ese pasado, que llega hasta lo que el historiador considera su "presente", de este modo, un hecho

sucedido adquiere distinta dimensión e importancia dependiendo desde el lugar que se le mire. Es así, como la atribución causal o explicativa de un suceso puede ir variando con el tiempo, conforme el hecho pueda ser relacionado con distintos y sucesivos futuros.

Bajo esta óptica el problema del conocimiento histórico radica en como el investigador del pasado se sitúa frente a las fuentes. Lo cual, implica que éste tendrá que tomar conciencia de que su lectura de las fuentes y las preguntas que les puede hacer tendrán como marco su historia particular. Este enfoque permite desarrollar la historiografía entendida como un análisis de las formas como se ha escrito la historia, hace posible identificar los puntos de unión o quiebre en las causas de un acontecimiento. A partir del análisis de estos modelos explicativos, de encontrar convergencias y divergencias, el historiador tendrá la oportunidad de establecer y aventurar estrategias de investigación.

Una revisión puntual de las relaciones de la historia con las distintas disciplinas del conocimiento es punto de partida para colocar esta relación en un lugar donde sea posible ubicar las transformaciones que han sufrido, así como identificar puntos de tensión, e incorporar al debate los avances de las distintas ciencias del conocimiento. La segunda mitad del siglo veinte trajo entre sus cambios, la revaloración del individuo y la diversidad. Lo distinto, lo diferente, el otro, tomaron forma como referencia axial de interpretación y la historia dejó las generalidades. Comenzó a reconocer las particularidades de un suceso. De este modo, las

⁴ Véase su autobiografía titulada *El último suspiro*.

historias nacionales, dieron lugar al reconocimiento de las regiones, y con ello lo microhistórico adquirió solidez y representatividad.

En consonancia, los campos del conocimiento en los que el investigador del pasado tuvo la oportunidad de ingresar se ampliaron. En 1953 en el prefacio a la edición española de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fernand Braudel escribió: "Si la nueva historia debe ser, como creo, una reconstrucción del pasado captado en toda su amplitud y en toda su complejidad, tendrá que incorporar en sus cuadros y explicaciones la obra entera, tan rica, de las ciencias sociales, sus vecinas. Por consiguiente, el historiador tendrá que ser, desde luego, historiador, pero también y a un tiempo economista, sociólogo, antropólogo y hasta geógrafo". Sin embargo, la idea de totalidad ha cedido su paso a la necesidad de pensar en otras ideas de generalización. Supuso la reducción de la escala de observación y la elección de la monografía como práctica histórica.⁵ El manejo de conceptos y categorías de las ciencias humanas se volvió parte central de la construcción del conocimiento histórico. El cruce de temas y objetos de estudio, las perspectivas y miradas que surgen de cada campo de análisis, son sin duda, unos de los ámbitos de construcción en donde la historia puede ser sujeto y objeto de acción y teoría.

⁵ Roger Chartier lo dice de la siguiente manera: "Desde las ruinas de la idea de totalidad es preciso pensar otras formas de generalización. ¿Cómo puede un caso particular decir algo generalizable a través de su especificidad? ¿Cómo pensar la coherencia del mundo social a partir de un acontecimiento, una práctica singular, un conjunto de textos, los modos de comportamiento, lo particular y lo específico? El derrumbe de la idea de totalidad abrió paradigmas más amplios, libres y complejos para pensar las configuraciones históricas como conjunto de discursos y prácticas, como sistemas de representación que articulan las disímbricas maneras, actuar y creer y, en general, las diversas prácticas que distinguen la complejidad de una sociedad". *El Malestar en la Historia. Discusión*. En *Fractal*. Número 3. Octubre- diciembre. 1996. Año 1. Volumen 1. Tomado de la página web de la revista: <http://www.fractal.com.mx>

La historiografía en términos actuales, es el estudio del proceso en el que por medio de un discurso escrito se reconstruye el pasado. Una de las cuestiones centrales de la historiografía es como se escribe acerca del pasado en nuestra época, al analizar la escritura de la historia, la historiografía discute las razones de como se narra, en que tiempo y bajo que acción. Análisis del discurso y teoría social se convierten en dos herramientas básicas para la realización de los estudios historiográficos. Estos parten del texto de historia entendido como un producto intelectual hecho en un contexto determinado. O para decirlo con Roger Chartier: "...la historia es siempre grafía- es decir escritura- y el afán de preservar una forma de conocimiento del pasado verificable aceptable y compartida. La historia no es -ni puede ser- la restitución del pasado, del acontecimiento en sí, sino tan sólo una de sus representaciones. Pero es la representación de un orden específico, que no es el de la ficción ni el de la novela"⁶. La posibilidad del discurso historiográfico es reconstruir el proceso mediante el que se establece un nexo entre escritura y lectura. En todo caso, estas líneas son una introducción a pensar e imaginar las posibilidades explicativas entorno a la teoría y las metodologías de la historia en una discusión como todas inacabada. Sirvan pues estas breves líneas no sólo para presentar algunas de las discusiones actuales en torno a la historiografía sino también y principalmente para tratar de agarrar un punto en el cual centrar la reflexión en torno a la obra de Héctor Aguilar Camín.

⁶ *Ibid.*

Semblanza Biográfica

Unas palabras sobre el autor. Héctor Aguilar Camín nació en Chetumal, Quintana Roo en 1946, escritor, historiador y ensayista político, realizó estudios de Ciencias y Técnicas de la Información en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México y el doctorado en historia en el Colegio de México (promoción 1969- 1974). Ha publicado las novelas *Morir en el Golfo* (1985), *La Guerra de Galio* (1991), *El Error de la Luna* (1995), *Un Soplo en el Río* (1997), *El Resplandor de la Madera* (1999), y *Las Mujeres de Adriano* (2001) y las colecciones de cuentos *La Decadencia del Dragón* (1984) e *Historias Conversadas* (1991). Entre su obra ensayística e histórica se cuentan : *La Frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana* (1977, nueva edición 1997), *Saldos de la Revolución* (1984), *Después del Milagro* (1988), *Subversiones Silenciosas* (1993), *A la Sombra de la Revolución Mexicana* (1993) y *México: La Ceniza y la semilla* (2001). Se ha desempeñado profesionalmente en el Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y en distintos medios impresos: ha sido columnista y coordinador editorial del diario *Uno más Uno*, subdirector editorial del periódico *La Jornada*, secretario de redacción y director de la revista *Nexos*, además de director de ediciones Cal y Arena. Fue miembro de la Comisión Binacional sobre el futuro de las relaciones México- Estados Unidos 1984-1989, Jurado del Premio Cervantes 1987, becario de la Fundación Guggenheim 1989-1990 y miembro de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (1990). Recibió

el Premio Nacional de Periodismo (1986), el Premio Ichiiko por obra Cultural del gobierno de Japón y el premio Mazatlán de literatura (1998)⁷.

Una de las cosas que Aguilar Camín ha planteado con soltura, es que su vena literaria ha estado presente siempre o ha subsumido a todas las demás actividades realizadas. Es decir, el novelista es superior, al menos como actitud, al historiador, al periodista, al analista político, al político. Al momento de escribir estas líneas la mayor parte de su obra se ha concentrado ya en la ficción. De hecho a dejado conscientemente su actividad como historiador para centrarse en la parte literaria. Entretanto se da tiempo para escribir, artículos de opinión, ensayos y realizar un programa de televisión.⁸

1. ESTADO DEL CONOCIMIENTO

Con frecuencia se ha dicho que la crítica es una de las condiciones inevitables de la acumulación del conocimiento. Fuente insustituible de preguntas en donde las posibilidades de la construcción epistemológica de las ciencias sociales y las humanidades encuentra su punto de apoyo. Sin la reflexión pertinente en torno a los quehaceres y las formas en que se construye el conocimiento histórico, no existe la oportunidad de pensar en obras históricas de mayor peso y envergadura. Una crítica de bajo perfil ha convalidado y mostrado su complacencia con la

⁷ Los datos biográficos están tomados de: Musacchio, Humberto. *Milenios de México. Diccionario Enciclopédico de México*. México. Hoja Casa Editorial. 1999. Tomo I. pp.75-76.

⁸ Para una explicación más detallada de los orígenes biográficos y las relaciones que Aguilar Camín ha ido estableciendo con los distintos grupos de intelectuales, así como con grupos políticos es posible consultar:

escritura de la historia que se práctica en México. Escribir historia comenzará a convertirse en un arte que sufra el embate de las ciencias, la historia ha dejado de buscar la verdad para aceptar que existen distintas visiones o puntos de vista que sumados nos permite tener un mayor grado de certeza en la explicación de los sucesos históricos. La historiografía no es otra cosa que la reflexión más o menos puntual sobre la escritura de la historia y las condiciones que la posibilitan.

Una revisión historiográfica de los artículos que se han producido sobre la historiografía de la revolución mexicana muestran omisiones y más claramente algunos huecos en la atención que los historiadores que se dedican a realizar revisiones sobre lo que se produce en el oficio de historiar.

Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort publicaron en 1995 un volumen titulado *Historiadores de México en el siglo XX*, en el que se da cuenta "...de los diferentes rostros que asumió la narración histórica en nuestro país a lo largo del siglo. Durante esos años la disciplina histórica asume el lenguaje austero de la historia positivista, pasa por la historia romántica, abandera la fallida historia científica que quiso integrar a su práctica los métodos de las ciencias exactas, y le da vida a inesperadas modalidades de la narración en el último tercio del siglo. Las distintas voces que hablan en este libro también hacen constar el tránsito de los historiadores por las escuelas y las doctrinas que jalonaron ese oficio: historicismo, idealismo, marxismo, estructuralismo, historia del arte, historia social,

Francisco José Paoli Bolio. *Conciencia y poder en México. Siglos XIX y XX*. México. Miguel Ángel Porrúa. 2002. 410p.

historia política, historia de las mentalidades, microhistoria, historia económica, biografía, historia regional, historia militar... En todo el siglo XX hay un cambio incesante de los temas y sujetos de la historia, seguido por una búsqueda de nuevas fuentes, métodos y enfoques”⁹.

Sin embargo, con toda la amplitud del volumen la obra de historiador Héctor Aguilar no se menciona, aventuro que una de las razones se debe a el abandono de la historia como práctica profesional por parte del autor de *Subversiones Silenciosas*. Existe pues una omisión que muestra la necesidad de tratar de ejercitar una práctica historiográfica que ayude a subsanar los huecos de análisis que se van detectando.

Álvaro Matute cuenta entre su producción historiográfica con dos artículos que tratan de realizar una revisión algo apurada de la producción histórica en el México del siglo XX. El primero de ellos titulado “Setenta años de historiografía mexicana”, sentencia en muy pocas líneas: “De diversas licenciaturas llegaron al doctorado en Historia de El Colegio de México jóvenes como Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín, autores de libros de muy buena factura”. El segundo artículo tiene por título: “La historiografía mexicana contemporánea”, publicado en el año de 1979 en donde “el momento actual” es descrito aún con mayor parquedad.

Dice Enrique Florescano en *El nuevo pasado mexicano*:

⁹ Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort. *Historiadores de México en el siglo XX*. México. 1995.

"El interés por precisar las características de los diferentes movimientos que intervinieron en la revolución reveló un mapa social y político contrastante, donde se aprecian fuertes variedades regionales. El norte del país es una de las áreas mejor exploradas. Los estudios de Michael C. Meyer, Francisco Almada, Héctor Aguilar Camín, Linda B. Hall , Stuart F. Voss, Mark Wassermann, William H. Beezley, Evelyn Hu- DeHart y Ramón Eduardo Ruiz, arrojaron nueva luz sobre la composición social de los primeros grupos revolucionarios en Sonora, Sinaloa y Chihuahua, sobre la hegemonía que en ellos ejercieron los sectores burgueses, y sobre el moderno liderazgo que desarrollaron los hombres del norte"¹⁰.

Como puede apreciarse las referencias son apenas circunstanciales y resulta necesario fijar mayor atención a cada caso de escritura histórica en particular, como una estrategia indispensable para lograr que los estudios historiográficos se mantengan con buena salud.

El presente análisis sólo comprenderá lo que hasta ahora ha aparecido en forma de texto histórico y dentro de ello se excluirán los títulos que pertenecen al género de ficción. La ficción requiere un tratamiento particular y diferenciado de la no ficción.

1.1 Esbozo de la historiografía mexicana en la segunda mitad del siglo XX

*El historiador debe alcanzar una verdad
que la posteridad privilegie como error.*

Edmundo O'Gorman. Aforismos

La escritura de la historia en México cuenta con una tradición que a decir de Álvaro Matute puede rastrearse en la herencia que el siglo XIX nos legó como parte de una forma de entender el mundo. La triple herencia a la que alude es: 1.

Fondo de Cultura Económica. p8.

¹⁰ Enrique Florescano. *El nuevo pasado mexicano*. México. Cal y Arena.1991. p99.

el presentismo, inmediatismo o historiografía politizada, 2. la erudición, 3. la necesidad de dar una explicación científica del pasado.

“El caso es que la historiografía del siglo XIX e inicios del XX es pródiga en obras cuyo objeto es dar cuenta de lo que acaba de acontecer. Muchas de ellas pueden pecar de falta de rigor o de técnica adecuada, de metodología o de buena prosa; sin embargo, están ahí para que el lector se imponga acerca de su contenido. Muchas de ellas han merecido ser consideradas clásicas de la historiografía mexicana; otras apenas son buscadas por los especialistas, pero todas ilustran la existencia de la toma de conciencia histórica de sus autores, que se empeñan en establecer una cadena causal entre el pasado y el presente con miras a moldear el porvenir. Todas las corrientes, banderías o tendencias políticas dejaron sus testimonios”.¹¹

Señala Enrique Florescano que el parteaguas que desde 1940 separa al historiador contemporáneo de sus predecesores es la institucionalización de las tareas históricas y su respectiva profesionalización¹².

Precisa el autor de *Memoria Mexicana*: La fundación de instituciones especialmente dedicadas a enseñar, investigar y publicar obras históricas produjo varias consecuencias. Creó, en primer lugar, un espacio social que tuvo el efecto de mediar las relaciones directas del historiador con los centros de poder y las fuerzas sociales. Ese espacio, a su vez, se convirtió en un centro generador de conocimientos y prácticas de investigación que en adelante normaron la escritura del historiador. O para decirlo en palabras de Michel Foucault: “supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar

¹¹ En “Setenta años de Historiografía Mexicana”. en *El Boletín*. pp30-40. (material fotocopiado).

¹² Sigo los comentarios de Florescano emitidos en su ensayo “Breve incursión a los sótanos del oficio”, incluido en *La Historia y el historiador*. México. Fondo de Cultura Económica. 1997. 38-62pp. (Fondo 2000 Cultura para Todos).

sus poderes y peligros, dominar el conocimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidadⁿ¹³.

Los grandes hechos son la institucionalización y profesionalización de las tareas históricas. La fundación de instituciones especialmente dedicadas a enseñar, investigar y publicar obras de carácter histórico significó un gran cambio en la forma de realizar una actividad de forma profesional. Es decir a partir de entonces la legitimación del saber histórico pasa por una escuela y se valida a través de un lugar destinado ex profeso para otorgar validez o negarla.

Con esto sucede que la institución académica no reconoce que al crear un espacio físico donde se reúnen recursos económicos, técnicos y administrativos, profesores, investigadores, estudiantes, bibliotecas y medios de difusión, funda un espacio social que tiene el poder de generar determinadas interpretaciones del pasado de manera muy parecida a como lo hacían antes los principados o los estados autoritarios, unas interpretaciones del pasado con exclusión de otras.

Cuando el historiador explica su trabajo se concentra en propagar las cualidades técnicas o académicas de sus investigaciones, y oculta el proceso que las posibilita. Cuando el autor explica el origen de su obra, reconoce apoyos en becas, viajes de estudio, tiempo libre de tareas docentes, o administrativas, y a veces agradece las críticas de sus colegas. Dedicada páginas enteras a exponer los orígenes intelectuales de su investigación y se solaza detallando los esquemas

¹³ Foucault expuso estas palabras como parte de su discurso de ingreso al College de Francia en 1970. *El Orden del Discurso*. Barcelona. Tusquets Editores. 2.a edición en la colección Fábula, enero de 2002. p. 14.

de interpretación que a su entender dan claridad a su trabajo. De este modo, la obra parece ante sus posibles lectores como un producto intelectual fruto de un rigor metodológico que el autor logró en su ensimismamiento, libre de consideraciones, económicas, políticas, sociales o ideológicas que integran la vida en sociedad.

Más o menos en el mítico año de 1968, una nueva generación de estudiosos de la historia refutó las interpretaciones oficiales de la Revolución mexicana como proceso consensuado y uniforme que buscó la modernidad y la justicia social. Desde la posición de la juventud intelectual del sesenta y ocho, la Revolución Mexicana pareció haber producido un poderosísimo Estado de un solo partido que promovía el crecimiento capitalista a expensas del bienestar social. La investigación revisionista de la historia revolucionaria mexicana cuestionó el carácter popular y democrático de la revolución, presentando al Estado central como principal actor de la Revolución y como eficaz manipulador de las masas en interés de un proyecto burgués. Los campesinos pasaron a ser víctimas, que fueron movilizadas por los jefes políticos para servir a los intereses de estos últimos y no a los suyos propios. Los movimientos campesinos que habían hecho frente al agresivo Estado modernizador, en nombre de la tradición, la comunidad y Cristo, pasaron a ser mártires de una pureza premoderna corrompida y destruida por la Revolución.

Alan Knight ha sostenido, que los revisionistas extrapolaron su paradigma de un fuerte Estado central a partir de las realidades mexicanas de los años sesenta y

setenta y que lo impusieron sobre un período anterior de la historia. La revolución destruyó al Estado entre 1913 y 1915. Reconstruirlo a través de un territorio geográficamente vasto, volátil y fragmentado fue un proceso lento que requirió acomodo y negociación además de coerción. El Estado mexicano de los años veinte y treinta no fue un Leviatán capaz de arrollar a la sociedad en interés de un proyecto concreto. Fue una formación nueva, sometida a persistentes desafíos en un contexto intensa movilización sociopolítica en torno de proyectos distintos. La movilización popular alteró la estructura agraria, destruyó el sistema de haciendas, desafío prácticas deferenciales antiguas, exigió la formación de sindicatos y sofocó las campañas rabiosamente antirreligiosas que intermitentemente obsesionaron a los gobiernos revolucionarios. El Estado se formó por medio de una “interacción contenciosa” con fuerzas sociales que en un momento de politización radical articularon sus intereses con formas de lucha distintas. Quienes estuvieron al mando del Estado no pudieron sostener un proyecto único; fue inventado y revisado en un proceso dialéctico¹⁴.

Una respuesta posrevisionista ha surgido alrededor de dos décadas después del intento anterior. Estas nuevas investigaciones han cuestionado la fuerza del Estado revolucionario, la homogeneidad de los campos y manipulabilidad de los campesinos. Para Mary Kay Vaughan el desafío actual consiste en: “...llegar más allá de la estrecha interpretación política de una organización clientelista, impuesta

¹⁴ Véase. Knight, Alan. “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana” en *Secuencia*. México. Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. Enero- abril de 1989. Número 13. pp. 23-43.

desde arriba por la organización del Estado, que absorbió a un crédulo campesinado al vórtice de una modernidad implacable”¹⁵.

Sin duda, el artículo de David Bailey: “Revisionismo y la historiografía reciente de la Revolución Mexicana”, resulta de gran ayuda para ubicar estos debates mencionados con prontitud líneas arriba. La sofisticación campea entre los estudiosos de la Revolución Mexicana. Progresos en la metodología, incorporación de criterios y técnicas de otras disciplinas. El nuevo revisionismo, dice Bailey, “origina excitación y perplejidad”. Ante ésta andanada de posibilidades lo único cierto es que existe menos consenso acerca de la naturaleza y el significado de este hecho conocido con el nombre de Revolución Mexicana.

Bailey lo sentencia en 6 líneas:

“En resumen, la última década (el artículo es de 1978) ha mostrado procesos notables en la artesanía profesional. Nunca han estado los académicos tan bien equipados para demostrar las complejidades de la Revolución Mexicana. Al mismo tiempo, ha sido paralelo el florecimiento técnico y metodológico, y ha contribuido para una diversidad de interpretación histórica que ha dado fin a los años del consenso”¹⁶.

En 1978, el revisionismo recogía una tradición amplia de libros y personajes atareados en la explicación de un suceso que percibían como definitorio. La preocupación de los historiadores estadounidenses por temas mexicanos abrió paso a lo que Eugenia Meyer denominó la Historiografía mexicanista de los Estados Unidos.

¹⁵ Véase. Vaughan, Mary Kay. *La política cultural en la revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México 1930- 1940*. México. Secretaría de Educación Pública. 2000. P. 22.

Dentro de los criterios de lo que Bailey llama la escuela pro-revolución, resulta claro que era una historia hecha en armonía con los fines de un régimen político que buscaba legitimación. Y es en este ambiente de complacencias festivas, en donde las primeras voces de alerta iniciaron su despliegue. Disentir se convirtió en el verbo indiscutible del desarrollo historiográfico. Silva Herzog y Cosío Villegas, fueron en el primer momento los incómodos que mostraron los límites y olvidos de la pujante revolución. Desde artículos señeros hasta los títulos de sus libros, los símbolos revolucionarios comenzaron a ser cuestionados. Es ya lugar común, citar la *Historia Moderna de México* como signo inconfundible del papel modernizador que les fue arrebatado a los revolucionarios.

Disentir, pues, se convirtió en método. Pero la historia pareció relegarse. Dice Bailey: "La mayoría de los historiadores no se ha extendido al referirse a las fallas de la revolución. Las condenas más demoledoras provinieron de las plumas de los especialistas en ciencias políticas, los sociólogos, los economistas, y miembros de otras disciplinas con una mentalidad del presente"¹⁷.

Sin embargo, en años recientes la máxima que dice: "La revolución significó cosas diferentes, en épocas diferentes y en lugares diferentes", se llenó de estudios locales y regionales en donde el consenso se pulverizó. Las explicaciones generales cedieron al empuje de la diferencia, resulta significativo que en la última

¹⁶ "Revisionism and the Recent Historiography of the Mexican Revolution" *Hispanic American Historical Review*, 58: 1. 1978. pp. 62 –79.

década todos los trabajos que intentaron hacer alguna *suma* fueron realizados por historiadores extranjeros: Francois Xavier- Guerra, Hans Werner Tobler, John Mason Hart y Alan Knight.

El análisis de la revolución fue ha sido y seguirá haciéndose en la confluencia de momentos, tendencias, contextos, historias particulares, influencias metodológicas, aportes teóricos y una lista más amplia de procesos y significados bajo las que los distintos autores, verán y entenderán que debe escribirse sobre un fenómeno trascendental en la vida del México del siglo XX.

Lo que valdría la pena indagar serían las amplitudes y formas en las que la Revolución ha ido perdiendo terreno en el ámbito de la presencia finisecular en el discurso político mexicano. A partir de 1982 el nacionalismo revolucionario cedió su lugar al discurso de la modernización tecnocrática. Y aún cuando los estudios sobre la revolución mexicana gozan de cabal salud (sólo hace falta acercarse a una mesa de novedades), el impacto renovador que algún día tuvo ha dejado de ser. Lo digo sin nostalgia, más claramente preocupado por la recepción que tendrá esto entre el gremio de historiadores dedicados a estos temas. Los fantasmas del neoliberalismo y la globalización parecen ser ahora, los referentes de la intelectualidad. Las explicaciones con interpretación marxista no existen más. La tradición y el eclecticismo junto con el empirismo se enlazan en la producción de obras históricas. Cada generación de historiadores pondrá a revisión los supuestos de la anterior. Sin duda, es nuestra forma de construir conocimiento,

¹⁷ *Ibid* .p.70

pero este proceso recuerda cada vez en mayor medida que la realidad es intransferible y que el *mito de Sísifo* es permanente.

1.2 Las tradiciones historiográficas extranjeras y su recepción en México.

Las generaciones: ires y venires, luchas y avatares podría ser el título de un ensayo orientado a encontrar las luces intelectuales europeas que han guiado no sólo el hacer historiográfico, sino casi la totalidad de la producción intelectual en México. Por supuesto exagero. Sin embargo, nuestro sentimiento de atraso con respecto al pensamiento producido en el viejo mundo no es desechable.

José Joaquín Blanco escribió en 1993 un artículo para un libro colectivo en el que señalaba: "América Latina es algo peor que una región atrasada: es un caos de modernizaciones, un tachonadero y borroneadero de europeizaciones y norteamericanizaciones, un laboratorio de aprendiz de brujo de todos los grandes modernizadores de cinco siglos..."¹⁸. No ha habido manera de alcanzar a Europa. Aún y cuando Blanco escribe sobre algo más que el pensamiento intelectual es importante notar la variación de matiz con respecto a Romana Falcón, por ejemplo, la autora de *La semilla en el surco* nos dice: "Como en todo país colonizado, en México siempre han influido en el desarrollo de las ciencias

¹⁸ "Alcanzar a Europa". *México a fines de siglo*. Tomo I. José Joaquín Blanco y José Woldenberg (compiladores). México. Fondo de Cultura Económica. 1993. P.309.

sociales y las ciencias en general las escuelas de pensamiento de los llamados países desarrollados,..."¹⁹.

Mientras para Falcón lo que mostramos es una actitud inamovible pues estamos expuestos a esta influencia, para Blanco la influencia se vuelve persecución lo que habla de una actitud de movimiento. El lugar desde donde una y otro hablan es diferente en tanto ejercicio estilístico y metodológico. José Joaquín Blanco habla desde la literatura y un afrancesamiento discreto por decir lo menos. Romana Falcón escribe desde la academia, en concreto desde el Colegio de México y con formación en ciencia política. Ambos miran desde aquí la construcción de las tradiciones occidentales.

Para Falcón la historia tiene un enorme peso en el presente de su país a ello atribuye la vitalidad de que ha gozado el campo historiográfico. El recorrido a realizar por las ideas en torno a la historiografía y las tendencias que se perfilan, le da la oportunidad de señalar la necesidad de encontrar paradigmas teóricos capaces de llenar el vacío que significó nuestro encuentro con el "fin de la historia". La supremacía de la historia como ciencia del desarrollo humano sufrió un colapso después de la segunda guerra mundial; una de las respuestas de la historia - sigo a Falcón- fue nutrirse de teorías y métodos de disciplinas afines.

En el caso de México, la autora menciona que parte de la vitalidad de la historiografía proviene del mundo académico extranjero, y menciona algunas de las posibilidades de tal hecho; los niveles de competencia y de profesionalización,

¹⁹ "Riqueza historiográfica reciente: el caso mexicano" en *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Colombia. Universidad de Colombia. 1994. s/p. (material

los paradigmas científicos, los desafíos intelectuales y las metas por alcanzar. Ante tal avalancha de rutas por transitar, pareciera que a los historiadores mexicanos sólo les resta escoger tiempo y espacio. En descargo habría que decir, la aceptación de caminos andados previamente por estudiosos allende las fronteras ha producido entre nosotros obras de reconocida calidad y prestigio.

Pero veamos ahora lo que nos dice Paul J. Vanderwood, antes es conveniente recordar que el título de la ponencia es: "Explicando la Revolución mexicana", el título utiliza un verbo en gerundio, ello da la idea de una acción que no ha terminado, es precisamente eso la que remarca la primera línea "Resulta cada vez más difícil explicar la Revolución mexicana". A lo que la pregunta obligada es: ¿Por qué? Se pueden ensayar distintas respuestas: se ampliaron nuestras posibilidades teóricas de explicación, la realidad empírica se extendió, nuestros horizontes cambiaron sus referentes de partida, los paradigmas teóricos se nos difuminaron; a saber, es posible hallar tantas respuestas como posibles actores.

Vanderwood por su lado ensaya tres temas que a su parecer han sido muy poco abordados e incluso mencionados en las síntesis de Guerra , Knight, Hart, Womack y Ramón Ruiz. Se refiere a. "1) La naturaleza de las comunidades campesinas en el México prerrevolucionario, 2) la estructura del sistema político del Porfiriato , y 3) la búsqueda del cambio histórico y de las continuidades en la

Revolución"²⁰. Parte del reproche académico que Vanderwood enarbola cómo crítica a los autores citados, tiene sustento en la falta de trabajo con pruebas documentales, la discusión esta orientada en que la tríada (Hart, Knight, Guerra) considera a los pueblos rurales prerrevolucionarios como comunidades corporativas cerradas y a la defensiva. Vanderwood opone su experiencia en el área del Papigochic para hablar de aldeas abiertas. Por un lado su preocupación está encaminada a no hacer tabla rasa de las comunidades campesinas, con el objeto de que análisis futuros puedan arrojar luz sobre la estructura mental de la gente que se rebeló, sobre sus alianzas y lealtades. Por otro lado, le anima el deseo de revisar nuevamente el sistema político del Porfiriato, en su opinión se le ha visto como un sistema mucho más monolítico, burocrático y coercitivo de lo que fue en realidad. Para mostrarnos su afirmación Vanderwood recurre a la categoría "protoburocrático" utilizada por Tehda Skocpol y menciona su estudio sobre los Rurales, una de las instituciones de Don Porfirio. Propone analizar las relaciones entre las elites locales y el gobierno federal mediante el estudio de los jefes políticos. En suma lo que a Vanderwood le preocupa es la revaloración de la vida en los pueblos, para lograr con ello el esclarecimiento de supuestos teóricos que empañan nuestra explicaciones.

La tradición historiográfica inglesa en especial la marxista produjo en nuestra latitud estudios históricos de valía, basta recordar *La revolución Interrumpida* y *La Ideología de la Revolución Mexicana*. Dos nombres sintetizan los esfuerzos de

²⁰ "Explicando la Revolución mexicana". *Secuencia*. Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. Enero- abril. 1989. No. 13. P. 6

una tradición de pensamiento, que en el caso de la historia, marcaron rumbos y formas de concebir la realidad: E. J. Hobsbawm y E. P. Thompson.

Thompson nos recuerda nuestra deuda con la antropología y al mismo tiempo alude a los impulsos que nos acercan a ella:

"...para nosotros el estímulo antropológico no surte su efecto en la construcción de modelos, sino en la localización de nuevos problemas, en la percepción de problemas antiguos con ojos nuevos, en el énfasis sobre normas o sistemas de valores y rituales, en la atención a las funciones expresivas de las diversas formas de motín y revuelta, y en las expresiones simbólicas de la autoridad, el control y la hegemonía"²¹.

Vale la pena mencionar la distinción entre folclor y antropología que deja entrever el autor de *La Formación de la Clase Obrera Inglesa*, el estudio del folclor le sirve para identificar las costumbres del grupo social al que dedicó sus estudios. Fincado sobre el eclecticismo, Thompson argumenta en contra de las visiones ortodoxas del marxismo que ven en el modo de producción una categoría que puede explicar lo suficiente sin tomar en cuenta, las normas, la cultura, los "conceptos críticos" alrededor de los cuales se organiza el modo de producción. Problematizar una categoría central del análisis marxista como el modo de producción, habla del lugar en el que Thompson discute con sus contertulios, pero también de su capacidad de reconocer en la demás armas de la construcción intelectual un espacio para ampliar la comprensión de la realidad. En cierto momento llega incluso a dar la ecuación: "...la historia social debe basarse en la antropología social".

Eric Hobsbawm menos puntual que E. P. Thompson declara que para él la mejor guía de la historia sigue siendo la concepción materialista de la historia. No dispuesto a seguir a los franceses, el autor de la *Historia del Siglo XX*, va dejando claro que la influencia que *Annales* tuvo entre ellos no es tal, aunque no deja de reconocer la triple significación de la obra de Fernand Braudel (Hobsbawm es todo un *gentleman*), remarca sin ambagajes la "curiosa confluencia" del marxismo y la escuela francesa en la historia económica y social. Las tradiciones se repelen. Franceses e ingleses acusan una relación amor - odio especialmente truculenta, como espectadores estamos nosotros, oficiantes interesados en las disputas de las regias vacas de nuestro sagrado templo. Porque no hemos sido capaces de alcanzar a Europa, o para decirlo con la célebre frase de Alfonso Reyes "llegamos tarde al banquete de la civilización".

Sin embargo, me parece que va siendo tiempo de pensar con profundidad en las formas de nuestra realidad, por supuesto sin olvidar la tradición occidental a la que pertenecemos por derecho propio.

²¹ E.P. Thompson. "Folclor, Antropología e Historia Social". En *Historia Social y Antropología*. México. 1994. P. 56.

2. Héctor Aguilar Camín y su obra

2.1 El autor y el lector como problemas historiográficos

Pero, ¿quién será el amo?

¿El escritor o el lector?

Denis Diderot. Jacques el fatalista. (1796)

Las notas que siguen están pensadas como algunas de las consideraciones que se ha tratado de tener en cuenta al momento de enfrentar los textos de Aguilar Camín, son por ello generalidades que intentan encontrar eco y respuesta en el acto de leer.

El autor (me refiero al autor de cualquier libro) ha sido puesto en tela de juicio, de un modo que difícilmente se hubiera imaginado hace algunos años. Pasamos de la seguridad con que Edward H. Carr recomendaba estudiar al historiador antes de estudiar los hechos de que habla, a la rotunda afirmación de Umberto Eco: “Les digo en seguida que a mi el autor empírico de un texto narrativo (la verdad de cualquier texto posible) me importa bastante poco”²². El argumento de Carr es el siguiente: cuando uno lee un libro de historia debe tener presente que los hechos allí recogidos sufrieron una “refracción” al pasar por la mente del historiador. En el mismo sentido, Collingwood nos dice que si el autor tuvo que reproducir mentalmente en su pensamiento subyacente a los actos de sus personajes, cuando se lee su texto, hay que reproducir el proceso seguido por la mente del

²² Edward. H. Carr. *¿Qué es la historia?*. Barcelona. Seix Barral. 1981. p 31. Umberto Eco. *Seis paseos por los bosques narrativos*. Lumen. Barcelona. 1996. p19.

historiador, ya que éste pertenece a su época. “Historiar significa interpretar”, señala²³.

Al leer un libro o texto histórico se apelaba a dos procedimientos explicativos: el primero consistía en reconstruir el contexto y la vida del autor, para dar cuenta de la formación de su pensamiento. Ello implicaba una pequeña biografía y una síntesis de historia intelectual, la mezcla producía una representación más o menos lograda del ambiente, los valores y las ideas de la época. El segundo procedimiento consistía en una exposición de las discusiones en las que ese texto adquiría sentido. Podía en este caso dar lugar a una especie de historia de las ideas o a una discusión teórico conceptual vinculada a datos sueltos del personaje y su situación social. Con el primer método se entregaba una historia individual concretada en ciertos textos, mientras que con el segundo se formaban historias colectivas en las que muchos autores aportaban construcciones intelectuales más o menos complejas.

El argumento de Eco es un poco más complicado, tiene que ver con el descubrimiento de que en un texto es posible distinguir al autor empírico del autor modelo. El primero firma la obra y posee una historia individual que es irrelevante en el momento del encuentro del texto con el lector. Lo importante es el autor modelo, quien: “...es una voz que habla afectuosamente (o imperiosa o subrepticamente) con nosotros, que nos quiere a su lado, y esta voz se manifiesta

²³ R. G. Collinwood. La historia como recreación de la experiencia pasada” en *Idea de la Historia*. México. Fondo de Cultura Económica. 1980. p271.

como estrategia narrativa, como conjunto de instrucciones que se nos imparten a cada paso y a las que debemos obedecer cuando decidimos comportarnos como lector modelo”²⁴.

Este autor modelo, “esta estrategia textual capaz de establecer correlaciones semánticas”, sólo aparece en compañía del lector modelo, quien le sigue en su juego y establece con él un pacto interpretativo. “Autor y lector son dos imágenes que se definen recíprocamente sólo en el curso y al final de la lectura. Se construyen mutuamente. Creo esto es verdad no sólo para las obras de narrativa sino para cualquier tipo de texto”²⁵. En otras palabras, existe algo que impediría al autor empírico reflejar constantemente sus intenciones y propósitos en sus textos. En ellos no sólo hay cosas que no quiso decir el autor, sino que incluso puede haber una estrategia textual que lo rebasa y adquiere sentido sólo cuando un lector decide hacer frente al reto de explicar su encanto, de encontrar sus claves de construcción.

Así, el acto de leer nos coloca junto a innumerables autores y lectores que comporten muchas preguntas y pocas certidumbres, en un gran y permanente acto de interpretación. Gracias a la intervención de diversas generaciones de lectores, como dice Octavio Paz, las voces ya idas “se enlazan y forman un río no de agua sino de palabras que son obras”²⁶.

²⁴ *Seis por los bosques narrativos*. pp. 22-23.

²⁵ *Ibid.* p 32.

En su obra Jorge Luis Borges ha desarrollado la idea de un mundo habitado por textos que forman un tejido interminable. Su asombro ante temas, personajes, episodios que se repiten y proyectan del pasado al futuro le llevó a decir: "Quizá la historia universal es la historia de unas cuantas metáforas"²⁷. Más preciso aún Borges menciona unas líneas del poeta Paul Valéry que apoyan el argumento de Eco: "La Historia de la literatura no debería ser la historia de los autores y de los accidentes de su carrera o de la carrera de sus obras, sino la Historia del Espíritu como productor o consumidor de literatura. Esa historia podría llevarse a término sin mencionar un solo escritor"²⁸. Sin embargo es evidente que Borges firmó sus libros y aún y cuando creyese que los grandes libros pueden ser atribuidos "...a la labor de comunidades, a personajes de los mismos libros, a dioses a héroes o simplemente al tiempo..."²⁹ termina señalando que tales atribuciones son meras evasiones o juegos.

Pero cómo podemos aprovechar estos argumentos para explicarnos lo que sucede en el caso de los autores de libros de historia, porque, a fin de cuentas podría rechazarse todo el problema reduciéndolo al terreno de la literatura. Al campo de la obra de arte donde el artista ve, no sin cierta perplejidad, como su obra se transforma y adquiere nuevos significados en cada lectura. La libertad emanada del acto de leer genera ecos, imágenes y sentimientos que el autor no siempre reconoce.

²⁶ Octavio Paz. "La pregunta de Cernuda" en *Al Paso*. México. Seix Barral. 1992. 43.

²⁷ "La esfera de Pascal" en *Nueva Antología Personal*. Barcelona. Editorial Bruguera. 1980. p197.

²⁸ "La flor de Coleridge" en *Nueva Antología Personal*. Barcelona. Editorial Bruguera. 1980. p202.

²⁹ *Nueva Antología Personal*. Barcelona. Editorial Bruguera. 1980. p7.

Para términos del presente análisis crearemos en la existencia del autor y con ello en que no significa una pérdida de tiempo apilar montones de datos sobre procesos formativos, ambientes familiares, ámbitos de socialización, influencias intelectuales, etapas creativas, disputas literarias, fechas de publicación, tiempo de escritura de una obra y sobre las vidas privadas de esas personas reales que son los autores empíricos.

En términos generales podríamos situar nuestras lecturas en dos ámbitos muy amplios: el goce estético y la búsqueda de conocimiento. Un dominio pertenece a algo tan etéreo como puede ser el alma y el otro al dominio de la razón. Cuando nos aventuramos al primer caso, lo hacemos con la esperanza de nos muestre “el cuerpo en su actividad y el alma en su agitación”³⁰.

Dice George Steiner:

“En esa polémica con los muertos vivos que llamamos lectura, nuestro papel no es pasivo. Cuando es algo más que fantaseo o que un apetito diferente emanado del tedio, la lectura es un modo de acción. Conjuramos la presencia, la voz del libro. Le permitimos la entrada, aunque no sin cautela, a nuestra más honda intimidad. Un gran poema, una novela clásica nos acometen; asaltan y ocupan las fortalezas de nuestra conciencia. Ejercen un extraño, contundente señorío sobre nuestra imaginación y nuestros deseos, sobre nuestras y nuestros sueños más secretos.... Leer bien significa arriesgarse mucho. Es dejar vulnerable nuestra identidad, nuestra posesión de nosotros mismos”³¹.

De este modo, el acercamiento a la obra de arte adquiere una diferencia de significación respecto al mecanismo mediante el cual se produce un encuentro con textos en donde se busca conocimiento. En el caso de los historiadores que buscan datos, episodios, descripciones, motivos, indicios, pistas, en suma

³⁰ Oscar Wilde. “El crítico artista” en *Obras Completas*. Madrid. Aguilar. 1970. p. 931.

señales; el goce estético es un aspecto secundario. Para seguir los términos de Eco, nos convertimos en lectores modelo, cuando nos preguntamos por las razones de que ese libro halla producido un efecto en nosotros, o en el caso de los libros de historia, cuando nos preguntamos, por qué un autor tomó tales hechos o determinada teoría, o cómo estructuró sus datos, o si el documento es verídico, o si hizo crítica de fuentes, para decirlo en una palabra si utilizó correctamente su aparato metodológico.

El hecho es que aun cuando los temas, las metáforas y las formas circulan en el mundo y son aceptadas por un colectivo, cuando se convierten en poesía o prosa, cuando reciben una forma estética, es el resultado de un acto individual consciente y meditado. “Ningún poeta, al menos ningún gran poeta, canta porque *deba* cantar. Un gran poeta canta porque *quiere* cantar”. De modo, que “no hay arte sin estilo, no hay estilo sin unidad, y la unidad pertenece al individuo”³².

Por supuesto que el autor de *El retrato de Dorian Grey*, reconoce la peculiaridad e independencia de una obra, la que puede expresar una cosa muy distinta de la que le habían encargado que dijese. “E incluso es más bien el espectador quien presta a la cosa bella sus innumerables significados y nos la hace maravillosa, poniéndola en nuevas relaciones con la época, hasta el punto de que llega a ser

³¹ George Steiner. “La cultura y lo humano” en *Lenguaje y Silencio*. Barcelona. Gedisa. Segunda edición en bolsillo, mayo de 2000. pp25-26. El texto es de 1963.

³² Wilde. *Op.cit.* p.925.

una parte esencial de nuestras vidas y un símbolo de lo que deseamos con insistencia o quizá de lo que después de haber deseado tememos lograr³³.

Ha sucedido que nos hemos movido hacia el lector, o en términos más formales hacia el lugar de recepción³⁴, pero sólo en un sentido complementario del argumento sobre la unicidad individual de la obra. Pues si bien es cierto que requiere de la complementariedad de dos voluntades (escritor y lector), hace falta la sociedad, pues sólo al ponerla en “nuevas relaciones con la época” es que adquiere o no significado para quien percibe a través del texto.

De este modo, podemos hablar de un encuentro. Una relación entre el autor, el texto y el lector. “Un contacto entre sujetos historizados e historizables, mediante el cual se produce una simultaneidad de tiempos (Gadamer) y una asimilación de los mismos (Wilde). Esta resurrección es un cruce, una construcción de sentido que trasciende el plano de su particularidad (el encuentro del libro con el lector) y se vuelve inteligible (universal) para los hombres de otros tiempos o lugares”³⁵.

Si bien bajo ésta óptica no es posible descifrar las ulteriores razones del autor, es decir el instante, los impulsos, las cosas por las que un autor puede desconocerse en su escritura; es posible tomar como objeto a seguir los distintos elementos que conforman el proceso; el autor, el texto y lector en su movimientos y relaciones en

³³ *Ibid.* p. 925.

³⁴ En el desarrollo de las siguientes líneas me permito tomar los argumentos esgrimidos por: Nicolás Cárdenas García. “¿A quién debemos el orden de las palabras? El autor como problema historiográfico.” en *Revista Fuentes Humanísticas*. Departamento de Humanidades. Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco. Año 10. 1º semestre de 2000. No. 20. 101-111p.

³⁵ Hans- George Gadamer. *La actualidad de lo bello*. Barcelona. Paidós. 1991. p. 64. Citado por Cárdenas García. *Op. cit.* p108.

sus cambios y conexiones. Desde el autor podemos acercarnos a “su aprendizaje, sus intenciones explícitas, sus planes, o desde la construcción del texto, sus artificios, sus estrategias textuales, o en el encuentro de libro y lectores históricamente situados y constituidos”³⁶.

En este sentido no podemos *explicar* el texto, pues ello implicaría darle una significación única o “estar conforme en que su resorte último está en una estrategia textual determinada”³⁷. La seguridad del texto es sólo relativa pues siempre leemos con nuevos ojos, como recuerda Octavio Paz en su lectura de T. S. Eliot: “A medida que pasaban los años, cambiaba mi imagen del poeta, tanto por los sucesivos cambios de su escritura y de su pensamiento como por los míos. Cambió mi imagen del poeta, no la atracción por su poesía”³⁸.

Si un libro nos atrapa es por las evocaciones que nos produce mediante los nexos que se establecen con autores, personajes y lugares. Es el cruce de memoria individual y colectiva, de tiempos, de análisis y proceso creativo. Este juego de la memoria, de tiempos, estilos y tradiciones es lo que hace que la polémica sea tan rica e interminable. Basta leer los ensayos que Borges, Paz o Baudelaire escribieron sobre sus escritores predilectos. Nos los repiten, los muestran bajo

³⁶ *Ibid.* p. 108

³⁷ Jorge Luis Borges lo explica de la siguiente manera: “Menard (acaso sin quererlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas. Esa técnica de aplicación infinita nos insta a recorrer la Odisea como si fuera posterior a la Eneida y el libro *Le jardin du Centaure* de Madame Henri Bachelier como si fuera de Madame Henri Bachelier. Esa técnica puebla de aventuras los libros más calmosos. Atribuir a Louis Ferdinand Céline o a James Joyce la *Imitación de Cristo* ¿no es suficiente renovación de esos tenues avisos espirituales?”. “Pierre Menard, Autor del Quijote2 en *Ficciones*. Buenos Aires, Emecé Editores. 1990. p.47.

³⁸ Citado por Cárdenas García. *op. cit.* p.109.

una nueva luz, y los toman como referentes para su propia creación, es decir, convierten su propia crítica en un espacio creativo, en una forma de conocer la tradición pero también de inscribirse en ella.

Lo dice Charles Baudelaire en el prólogo a su traducción de Edgar Allan Poe:

“Si lector me ha seguido sin repugnancia, habrá ya adivinado mi conclusión; yo creo que en muchos casos, la borrachera de Poe era un medio mnemotécnico, un método de trabajo, enérgico y mortal aunque apropiado a su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido a beber como un escritor se ejercita en llenar cuadernos de notas. No podía resistirse al deseo de dar nuevamente con las visiones maravillosas o espantosas, con las concepciones sutiles que había encontrado ya en una tempestad anterior, eran viejas amistades que atraían imperiosamente y, para restablecer sus relaciones con ellas, tomaba el camino más peligroso pero más directo. Una parte de lo que hoy hace nuestro goce fue lo que le mató”³⁹.

Queda por establecer la relación que puede darse con los libros de otro carácter. Aquellos escritos bajo estrictas normas, dentro de instituciones organizadas y que se escriben en y para comunidades especializadas. Tenemos entonces la gramática de la disciplina, las teorías en boga, los valores existentes y reconocidos, los problemas que se pretende dilucidar con la aportación teórica y enormes masas de documentos que son creación de la colectividad. Por otro lado tenemos a historiadores que se enfrentan a todo lo anterior para lograr escribir sus textos, y después estos circulan, se leen, se validan, se reconocen o se olvidan.

Cuando el historiador escribe un libro de historia va acompañado de sus teorías, de sus técnicas, de sus palabras para poder asir una gran cantidad de voces que le hablan desde los documentos y a las cuales le resulta indispensable darles vida. En este diálogo con los muertos en vida, el historiador entra en contacto con la

³⁹ *Ibid.* p 110.

conjunción de memoria individual y colectiva pero nada le garantiza que efectivamente pueda transmitir sus sensaciones e impresiones a quienes puedan convertirse en sus lectores. Sentencia Cárdenas García: “Muchos pueden acceder a la sensación de estar en el juego, pero sólo unos pocos encontrarán el orden a las palabras adecuado, la forma que al imponerse sobre el pasado, nos entregue algo más que fechas, datos, nombres; que nos entregue evocaciones sobre nuestra condición. Por eso algunos libros de historia sólo nos sirven en tanto información, mientras que otros se convierten en modelos, en libros que sin lograrlo deseamos reproducir, imitar. También a nosotros nos atormenta el *¿por qué?* el misterio de la creación”⁴⁰.

Por esa razón se requieren explicaciones de casos particulares, individuales, para establecer las relaciones entre la experiencia vivida de un autor y su obra se escriben páginas autobiográficas, se escudriña la correspondencia, se saquean los archivos, se agota a los testigos, se conservan borradores y notas. Por que pueden ser indicios que nos permitan comprendernos a nosotros mismos como seres humanos y al mismo tiempo construir obras con bifurcaciones y con plena conciencia de lo que se hace y se deja de hacer al escribir un libro de historia. Así los estudios sobre textos o teorías, las discusiones sobre sus autores, sobre el papel que juega el azar en los descubrimientos, sobre lo que significa el proceso creativo o la reflexión pormenorizada, nos ayudan a iluminar un camino en el que a ratos es casi imposible seguir.

⁴⁰ *Ibid.* p110.

Una reflexión historiográfica acuciosa además de ser capaz de analizar su propia forma de lectura, tendría que ser capaz de preguntarse por las condiciones materiales y emocionales de quien lee e indagar en los efectos que ello produce al momento del enfrentamiento con el texto, es decir el verdadero sujeto de la lectura no es el libro, ni el escritor con sus palabras y sus silencios, sino la unidad que conforman el lector, el escritor, el texto y su contexto.

En 1888 decía Guy de Maupassant:

“Cuán pueril es, más aún, creer en una realidad absoluta, pues cada uno lleva la suya propia en sus pensamientos y sus sentidos. Nuestros ojos, nuestros oídos, nuestro olfato, nuestro gusto, crean tantas verdades como individuos hay. Nuestras mentes, en las que la información captada por los sentidos ha dejado huellas diversas, comprenden, analizan, y juzgan como si cada uno de nosotros perteneciese a una raza distinta. Así, cada quien crea, individualmente, una ilusión personal del mundo, que puede ser poética, sentimental, gozosa, melancólica, sórdida, o frágil, de acuerdo con nuestras naturalezas. La meta del escritor es reproducir fielmente esta ilusión de realidad mediante el uso de todas las técnicas literarias a su alcance”⁴¹.

⁴¹ El texto aparece recopilado en Lauro Zavala (comp.) *Teorías de los cuentistas. Teorías del cuento I*. México, 1995. Universidad Nacional Autónoma de México. 396p.

2.2 Un Análisis Historiográfico

Empezaré con una pregunta. ¿De qué se trata esto de la historiografía? Ensayemos respuestas. De pensar sobre las ulteriores intenciones del autor. De reconocer en el texto la realidad descrita. De dar cuenta de intenciones, razones, pensamientos, teorías, estados de ánimo y otros lugares en los que se sume un hombre o una mujer cuando escribe. De pensar en los principios dominantes, en la espacialidad, o en la temporalidad y tener en cuenta las frases narrativas que dan vida al texto o incluso en la posibilidad misma de conocer el pasado mediante la escritura. O de mejorar el ayer *dixit* Jörn Rusen⁴². O de reconocer la lógica social del texto. De pensar en la fusión de horizontes o en lugar de enunciación.

Una vez advertidas estas y otras lindezas del autor y su escritura. Queda entonces preguntarse por el momento de quien lee. Por su proceso de apropiación por la experiencia del texto. Por los giros lingüísticos, por la construcción o deconstrucción del discurso. Por la experiencia de la modernidad o de la posmodernidad. Por la distancia entre el observador y lo observado. La lista puede extenderse a corrientes, y representaciones, revisiones y posrevisiones, a debates y tendencias.

⁴² “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas. Bosquejo del fondo histórico de la discusión actual” en *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*. Silvia Pappel (coord.). México. Universidad Autónoma Metropolitana- Universidad Iberoamericana. 2000. 235-263pp.

Creo con Emilio Lledó que nuestra experiencia del mundo es una experiencia limitada⁴³. Por ello es indispensable que en nuestras representaciones de realidad, coloquemos límites y objetivos precisos para obtener resultados concretos.

Quiero acogerme a una tesis contrafactual que podría advertir sobre las posibilidades de imaginar futuros distintos a los que conocemos. Y si uno de los resultados del proceso conocido con el nombre de Revolución Mexicana hubiera sido la existencia de dos partidos opuestos y equilibrados en sí mismos, que por falta de mejores nombres llamaríamos: los revolucionarios y los institucionales entonces, quizá leeríamos el siglo XX mexicano como una reedición del XIX., como continuidad irreversible de nuestra incapacidad histórica de crear instituciones modernas fabricadas en una revolución compartida.

Sirva lo anterior para dar pie a pensar el tema que propongo como materia de reflexión. Imagino a Héctor Aguilar Camín, lo veo con sus vigorosos treinta años caminar por los pasillos del Colegio de México, al tiempo que da salida a sus pretensiones literarias y ve en el periodismo una forma eficiente de ganar dinero y conseguir notoriedad. Ha terminado su tesis doctoral y se dispone a deslindarse de su ocupación como estudiante para entrar de lleno al grupo que elabora el suplemento *La Cultura en México*.

⁴³ Lledó Emilio. *El silencio de la escritura*. Madrid. Espasa – Calpe. 1998. 69-95pp.

La Frontera Nómada. Sonora y la Revolución Mexicana. México. 1985
Secretaría de Educación Pública- Siglo XXI Editores. 450p.

En el prefacio del libro Aguilar Camín comienza citando al escritor Federico Gamboa en su afán de hacer notable la distancia que había separado a Sonora de la historia nacional. En su *Diario* del 13 de diciembre de 1923 Gamboa escribe: "Sonora es el estado más alejado de nosotros".

En la visión de Aguilar Camín su libro narra la forma y las condiciones en que los sonorenses se adentraron en la historia nacional. Hasta el momento suficiente para decirnos que a partir de 1920 esta historia se convirtió en centro de la medida nacional.

Este exceso en la visión de ruptura le permite a Camín escribir cosas como: "Pocas cosas tan extrañas a la nación mexicana como los hábitos laicos, el pragmatismo feroz, la ausencia de compromisos y legados, la violenta supervivencia de la sociedad de frontera sonorenses"⁴⁴. Pareciera ser la inauguración de un nuevo tiempo mexicano.

El epígrafe del poeta griego Cavafis: "vendrán los bárbaros e impondrán la ley", no sólo ejemplifica la concepción que tiene Héctor Aguilar de los sonorenses como bárbaros, como añadido le revela la fuerza refundadora del norte mexicano. Aguilar Camín escribe la historia de los triunfadores porque le parece que es una historia no escrita o escrita por fragmentos. Existe una revelación: los mexicanos

⁴⁴ *La Frontera Nómada*. Página 12.

nos colocamos siempre de lado de los caídos, queremos ver en la historia nacional el recuento de las traiciones y de los abusos que impidieron a los buenos lograr sus anhelos. Contra esta revelación Aguilar Camín escribe desde el lugar de quien quiere describirnos la fuerza redentora y tenaz de algunos granjeros, maestros rurales, comerciantes y algunos otros pequeños trabajadores que sin saber bien a bien como o de que forma llenaron el espacio político y fundaron el México contemporáneo.

Instituciones aparte, en la visión de Aguilar Camín, los sonorenses nos trajeron: "Para el mundo indígena: la guerra de exterminio yaqui; para el problema agrario: irrigación, mecanización y haciendas exportadoras; para la alimentación trigo; para la geografía: opresión extenuante de desiertos y distancias; para la demografía: dispersión, alta mortalidad, parentescos extendidos; para sobrevivir: la defensa armada de lo propio; para la instrucción pública: la historia patria liberal y jacobina; para la religión mujeres disculpadas en sus rosarios de la tarde por un laicismo masculino; para la confianza el paisanaje localista -y también para el encono; para la admiración inconfesada: el capitalismo del sudoeste norteamericano"⁴⁵.. Como puede apreciarse, los sonorenses nos modificaron el mundo. La facción triunfante de la Revolución Mexicana, es descrita en sus procedimientos revolucionarios y contextos históricos con puntillismo (palabra usada por el autor de la Frontera Nómada) y en una concepción que ve a la "verdadera explicación de un hecho histórico", como la búsqueda inagotable de antecedentes, conexiones y consecuencias en un fluir que asemeja a la corriente de un río. Es decir todo está

conectado con todo. Para evidencia dejemos la palabra al autor de *La Guerra de Galio*: "Creo no haber escrito más que una descripción de los procedimientos revolucionarios de los sonorenses, así como del contexto histórico que los hizo posibles. Muchos detalles sustentan, y a veces ahogan esa crónica. Son la consecuencia de un método pueblerino, el único que en todo momento traté de ejercer. Quien dice en un libro de historia: "Rodríguez se levantó en Cocóspera con ciento cincuenta hombres" y sigue de largo, suple la explicación del hecho con su mera enunciación, omite lo esencial: quién era Rodríguez, quienes los ciento cincuenta, por qué Rodríguez estuvo al frente y por qué los demás lo siguieron. Ya sí en cada incidente. Entiendo que la verdadera explicación de un hecho histórico requiere pulsaciones y detalles infinitos"⁴⁵. La cita es larga pero importante, en unos renglones Héctor Aguilar Camín define su posición hermenéutica ante la historia y su modo de elaboración: su metodología. La concepción artesanal que se percibe, ve al oficio de historiar como la inabarcable explicación de lo minúsculo y de lo en apariencia más insignificante.

Este sentimiento de Aguilar Camín había sido puesto por escrito con anterioridad por uno de los estudiosos más puntuales de la tradición literaria rusa; Isaiah Berlin escribió en 1953 un libro en verdad notable, *El Erizo y la Zorra* recoge su título de un verso del poeta griego Arquíloco que dice: "La zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante", esta dicotomía le permite a Berlin analizar la postura de algunos pensadores en el desarrollo de la tradición occidental. En particular

⁴⁵ *Ibid* p.12

⁴⁶ *Ibid*. Página 13.

analiza la postura de León Tolstoi ante la historia. Berlin sostiene que Tolstoi quiso adoptar la postura del erizo y englobar su percepción de los hechos y sus ideas sobre el comportamiento del individuo en un único sistema ordenado de elementos interdependientes con un fin común. Sin embargo, su naturaleza de zorra no le permitió sino escribir con extrema agudeza acerca de sus personajes y de los acontecimientos de los que fue testigo como individualidades inconexas, dirigidos por diferentes razones, causas e intereses y partes de un todo caótico y divergente. Me permito la digresión debido a que en las páginas de este ensayo Berlin apunta lo que Aguilar Camín menciona: "Tolstoi declara que no puede admitir siquiera las menores excepciones a la ley universal. El determinismo causal lo impregna todo o no es nada y reina el caos. Los actos de los hombres pueden parecer independientes del nexo social, pero no lo son, no pueden serlo, son parte de él. La ciencia no puede destruir la conciencia de la libertad, sin la cual no existen la moral ni el arte y, no obstante, puede refutarla. "Poder" y "accidente" no son más que nombres para la ignorancia de las concatenaciones causales, pero las concatenaciones existen, las sentimos o no. De modo que todo está en orden: nunca descubrimos la totalidad de las concatenaciones que entran en funcionamiento; el número de tales causas es infinito, las causas en sí infinitamente pequeñas, los historiadores seleccionan una mínima y absurda porción de ellas y atribuyen todo a esa porción diminuta escogida con arbitrariedad"⁴⁷.

⁴⁷ *El Erizo y la zorra*. Barcelona. 1998. Muchnik Editores. p 75.

El trabajo de Héctor Aguilar Camín reconstruye con gran claridad la manera en que la sociedad sonoreense (desde hacendados hasta indios yaquis, pasando por la clase media de la cual salieron Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Salvador Alvarado y Benjamín Hill) organizó un ejército insurgente que adquirió la capacidad de volverse nómada e imponer su ley. Los rebeldes contaron con recursos muy importantes y toda una organización que les permitió movilizar y abastecer contingentes enormes. Esta organización de tan amplio espectro, se convirtió en una eficaz máquina de guerra, que junto a las fuerzas de Francisco Villa, obtuvieron la victoria de los norteros a mediados de 1914. La rebelión había concluido para dar paso a la pugna de las facciones.

Con el propósito de entender los motivos y la conducta de los sonorenses, Aguilar Camín utiliza archivos, documentos oficiales, periódicos, panfletos y monografías. Y nos ofrece la visión de una de las varias rebeliones que estallaron en México y que conformaron el suceso contradictorio y multiforme conocido como Revolución Mexicana. Es decir, realiza una historia legítima y que se inscribe con asombrosa fuerza en la historiografía del suceso conocido como Revolución Mexicana. Si al terminar de leer *La Frontera Nómada* queda la sensación de haber leído una novela desangelada, se debe entre otras cosas a que el autor conoce el final del proceso y no guarda ningún engaño. Escribe lo que promete la historia de un grupo de pequeños clase medieros que sin saber bien a bien como acabaron gobernando un país y dándole su ley.

“*Historia para hoy*”, en *Historia ¿para qué?*. México. Siglo XXI. 1980. pp.145-168.

Sentencia Alejandra Moreno Toscano en la advertencia que da apertura al volumen la franca desesperanza en la que cayeron ella y quienes entre 1977 y 1980 se encargaron de formar el Archivo General de la Nación. Las preguntas que les planteo la tarea de ordenar y dar forma a miles de documentos para lo que pomposamente se conoce como la memoria de la nación

El ensayo de Aguilar Camín comienza con una cita de Cioran que nos recuerda que opresores y oprimidos están amasados con el mismo barro. Es decir a la hora de juzgar el pasado no habría que olvidar que vencedores y vencidos podrían jugar roles semejantes en el ejercicio del poder.

Después de barajar un tanto de respuestas a bote pronto a la pregunta que da título al libro *Historia ¿Para qué?* Aguilar parece hallar en los momentos de crisis de las naciones una explicación sobre la necesidad de encontrar las razones y las causas que desembocaron en un punto crítico.

Apunta “..., el hecho es que los pueblos voltean ansiosamente al pasado sólo en las épocas que parecen atentar contra ellos;...”. Lacónicamente traslada esta certeza al caso de México. “De Bartolomé de las Casas a Lucas Alamán a Daniel Cosío Villegas, toda una línea de preguntas por la historia mexicana ha tenido su origen inmediato en una sorda crisis de conciencia, en el desahucio doloroso de las confianzas y certidumbre heredadas. Más precisamente: en la sensación de

hallarse frente al término previsible de una civilización, un país, una nación”. Y ya en plan angustiante dice: “En verdad, luego de la primera oleada de optimismo independiente, a partir de 1836 y la pérdida de Texas, casi no ha habido década en la historia mexicana que no haya estado signada por la incertidumbre sobre el destino, el sentido y la integridad de la nación:..”.⁴⁸

¿A qué momento de crisis asiste el insigne historiador? Resulta muy claro decirlo, pero ello aclara muy poco esta sensación de “desahucio doloroso”. Aguilar se sincera: “El 2 de octubre de 1968 es la fecha de arranque de la nueva crisis de México; ahí se abre el paréntesis (que dura hasta hoy) -el artículo está fechado en agosto de 1980- de un país que perdió la confianza en la bondad de su presente, que dejó de celebrar y consolidar sus logros y milagros para empezar a toparse todos los días, durante más de una década, con sus insuficiencias silenciadas, sus fracasos y sus miserias. Salvo por las anticipaciones paranoides de la autoridad, la del 68 no fue una crisis estructural que pusiera en entredicho la existencia de la nación; fue sobre todo, y ha seguido siéndolo, una crisis política. Moral y psicológica, una crisis de convicciones y valores que sacudió los esquemas triunfales de la capa gobernante; el anuncio sangriento de que los tiempos habían cambiado sin que cambiaran las recetas para enfrentarlos”⁴⁹.

Varias cosas se desprenden de esta larga cita. En primer plano la noción de crisis como fuente de acercamiento a la indagación sobre el pasado, Aguilar Camín diseña su propio momento de crisis para darse respuestas acorde con el momento político al que el mismo asiste en 1980. Pero esta crisis guarda significados concisos: no es estructural, pero si política moral y psicológica, aún y cuando no sepamos con certeza lo que eso significa. Mención aparte merece el uso de la palabra cambio. Cómo pensar concepto en el que se encierran muchas de las formas de leer las acciones de los hombres. Verdad de perogrullo, por supuesto que las cosas cambian, es uno de los postulados de la modernidad según

⁴⁸ p. 147 y 148.

⁴⁹ P.150 y151

Marsahl Berman⁵⁰. Pero ¿Qué significa eso? ¿Cuáles son los momentos en que utilizar este acertijo no sólo dificulta la explicación histórica sino que la obnubila? Preguntas para pensar aún sin respuesta. En todo caso lo significativo de ver a México en 1980 es la posibilidad de reflexionar en torno al impacto que producen en la escritura de la historia, los acontecimientos políticos, económicos y sociales a los que asiste un historiador en su calidad de contemporáneo de los hechos. Eric Hobsbawm lo planteo de un modo muy claro en su introducción a la *Historia del siglo XX*. Las dificultades de dar cuenta sobre acontecimientos en los que se cruza la experiencia de vida han de ser sometidos a la necesaria prudencia de la razón.

No resulta extraño que Aguilar Camín vislumbre dos rebeliones en esta crisis. Por un lado, los hijos de la clase media formada en las tres décadas anteriores, por otro, la clase empresarial vestida de reacción,

“..., el país se encontró a mediados de los setenta con la segunda rebelión de los sectores modernos que su modelo de desarrollo había prohijado. Los verdaderos beneficiarios de ese modelo, banqueros, empresarios y comerciantes, fraguaron y dieron durante 1976 el golpe de estado financiero cuyo desenlace fue en agosto, la devaluación del peso y en los años siguientes un largo período de hegemonía política de esos sectores y de negociación irrefutable de sus intereses ante el Estado y la sociedad”.⁵¹

En esas condiciones⁵² la apuesta por la historia necesaria para el “hoy” de 1980, se encontraba cruzada por la falta de un proyecto que habría de vertebrar las expectativas y las seguridades de la nación. Así como por la ineficacia del Estado para patrocinar “...el desarrollo de la fuerzas económicas privadas como de

⁵⁰ *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México. 1984. SXXI editores. 367p.

⁵¹ p. 153

⁵² Para un acercamiento a las condiciones en las que se estableció el debate intelectual entre los años sesenta y noventa en el país. Así como para acercarse a una crítica liberal ortodoxa de las posiciones de izquierda. Ver Jaime Sánchez Susarrey. *El Debate Político e Intelectual en México*. México. Grijalbo. 1993. 160p.

canalizar institucionalmente las demandas populares que emergen a borbotones de la base de la sociedad”.⁵³

Pero además esa Historia se encontraría ensimismada en su incertidumbre sobre el sentido de este momento, en donde el Estado mexicano buscaba redefinirse para dar fuerza al espectro de investigación histórica. Ésta búsqueda sobre el sentido de la revolución mexicana asistía al desarrollo de centros de investigación (patrocinados por el Estado), opciones editoriales (algunas patrocinadas por el Estado) y al encuentro con algunos lectores (que pertenecían al aparato estatal).

Con este escenario Aguilar Camín ejemplifica con una serie de títulos destinados a dar certezas: *Zapata y la Revolución Mexicana*, *Y Venimos a Contradecir*, *La Ideología de la Revolución Mexicana*, *La Revolución Interrumpida*, *México y los Estados Unidos en el Conflicto Petrolero*, *La Cristiada*; acto seguido se cura en salud al tiempo que acentúa el interés de estos autores por desacralizar el fetiche: “La calidad reflexiva y crítica de estos productos de la historiografía profesional, es en sí misma una respuesta práctica a la pregunta de para qué la historia en el México de hoy y parece responder a la pregunta fundamental que se formula la sociedad mexicana sobre su más urgente pasado”.⁵⁴

¿Cuál es esta pregunta fundamental que se hace la sociedad mexicana de los años setenta? No lo sabemos. En todo caso es más clara la sensación que

⁵³ p. 157.

⁵⁴ p. 158

manifiesta Aguilar Camín, quienes escribieron historia en la década de los setenta no se llamaron a engaño, develaron aspectos ocultos de lo acontecido entre los años 10 y 20 del siglo anterior: “Ninguna de estas obras es ajena a repensar un pasado cuyas versiones anteriores parecen del todo insuficientes; impera en ellas el ánimo crítico de despojarse de lo aprendido para encontrar vertientes explicativas a satisfacción de las dudas vigentes, el ánimo posible sólo en el contexto de una crisis de conciencia, la compulsión de decir. “No fue así como han dicho, porque si así hubiera sido nuestro presente sería distinto”.⁵⁵

Repensar el pasado se ha dicho muchas veces es una actitud que cada generación de historiadores incorporará a su cuerpo teórico y a su mirada sobre el mundo que le precedió. En el proceso de acumulación que sigue el conocimiento de un disciplina como la historia, lo significativo resulta advertir las particularidades que cada punto de vista genera en su aporte al esclarecimiento de la historia de México. Advertir estas formas de lectura supone tratar de situarse en el nivel de cancha de quienes escriban sobre cierto suceso en una época determinada, es decir, dejar a un lado el prejuicio o como decía Edmundo O’ Gorman dejar de regañar a la historia para entenderla. En consonancia con ello habría también que decir que cuando leemos a un autor resulta oneroso tratar de corregirle la plana, o entenderlo mejor de lo que el mismo se entendió. Quizá en todo caso lo posible y lo deseable sea sólo advertir sobre las consecuencias de escribir cruzado por todas las personas que habitan en un solo autor.

⁵⁵ *Ibid*

Y tener en cuenta que aún cuando puede encontrarse una forma precisa de lo que se requiere de una historia para el México de 1980:

“La historia que parece urgente para el México de hoy —esa en la que se han empeñado los mejores esfuerzos de sus historiadores recientes- es la que explica y documenta la carga profundamente popular de un proyecto histórico cuyo sentido es excluir o postergar justamente las demandas centrales de las mayorías que lo han hecho posible; la historia de una convincente dominación política que ha servido en lo fundamental los intereses contrarios de las mayorías que domina y en cuyo apoyo sustenta ese dominio su hegemonía nacional y su legitimidad histórica”.⁵⁶

No es ya la tarea urgente para una historia del año 2002. Ni tampoco lo será en el año 2084.

“Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana”, en **Caudillos y Campesinos en la Revolución Mexicana**. David Brading (comp). México. Fondo de Cultura Económica. 1993. 2ª. Reimpresión pp.125-160.

Preparado como ponencia para un simposio celebrado en Cambridge en abril de 1977 este trabajo apunta las contradicciones y necesarias reiteraciones de un autor que comienza a digerir sus propias indagaciones. Pero por supuesto mantiene sus certezas y las ensalsa.

“La revolución de 1910 ofrece por lo menos ofrece por lo menos un fenómeno radicalmente nuevo en la historia de México: la aparición del norte”.⁵⁷

“La habitual certidumbre sobre el movimiento armado de 1910-17 de México, es que tuvo una carga esencialmente agraria cuyo corazón es el zapatismo. Quizá convenga ahora pensar que su sentido se revela mejor en la hipótesis contraria: los ejércitos norteros trajeron al poder a los hijos de una inmensa región con una idea muy remota de lo que

⁵⁶ p 161.

⁵⁷ P.125.

podía ser la intimidad histórica y humana del Centro, el Bajío o el Sur del país. El objeto de estas notas es mostrar algunas de las experiencias de la fracción norteaña sonorense que al fin desplazó a las otras, y el modo como esas experiencias parecen anticipar, más ajustadamente que las del México agrario y campesino, las prioridades de la sociedad mexicana posrevolucionaria”.⁵⁸

Nuevamente la fuerza de una región toma por asalto al otro México y le señala el Camino redentor. Me tomaré el atrevimiento de citar aquí de forma completa el poema de Constantino Cavafis que Aguilar coloca en dos líneas como epígrafe a *La Frontera Nómada* porque me parece sintetiza con profundidad lo que se pretende mostrar en este trabajo (la versión de Cayetano Cantú):

Esperando a los bárbaros⁵⁹

¿Qué esperamos reunidos en el ágora?
Los bárbaros llegarán hoy
¿Por qué la intranquilidad en el senado?
Porqué los bárbaros llegarán hoy
¿Porqué los senadores no legislan?
¿Qué nuevas leyes van a dictar?
Cuando los bárbaros lleguen
harán sus propias leyes
¿Por qué se levantó tan temprano el emperador?
¿Por qué está sentado en la puerta mayor de la ciudad,
en su alto trono suntuoso y coronado?
Porque los bárbaros llegarán hoy
y el emperador espera recibir a su jefe.
Han preparado un pergamino
donde le confiere títulos y honores.
¿Por qué nuestros cónsules y pretores
lucen hoy sus rojas y rebordadas togas,
con su brazalete de amatista
y anillos con relucientes esmeraldas?
Porque los bárbaros llegaran hoy
y esas cosas deslumbran a los bárbaros.
¿Por qué no acuden hoy los oradores como siempre
a decir sus discursos?
Porque los bárbaros llegarán hoy
y les aburre la elocuencia y la palabrería

⁵⁸ p. 126.

⁵⁹ Constantino Cavafis. *Poemas. (1911-1933)*. México. 1999. Dirección de literatura /Universidad Nacional Autónoma de México. Pp.38-39.

¿Por qué la repentina inquietud y confusión?
(Los rostros se han vuelto graves)
¿Por qué tan rápido los ciudadanos
vacían las plazas y las calles,
y regresan a sus casas pensativos?
Porque cayó la noche y los bárbaros no llegaron,
Y gente que viene de la frontera
Asegura que ya no existen los bárbaros.
Y ahora,
¿qué sucederá sin los bárbaros'
estos hombres al menos ofrecían una solución.

Las tradiciones sonorenses disponibles para responder a los desafíos del México de 1910 podrían resumirse del siguiente modo: siempre de acuerdo con Camín 1) Frente al subsuelo indígena, la experiencia regional de la cruenta guerra de El Yaqui. 2) Frente a la cuestión agraria, el ejemplo probado de las haciendas exportadoras del Noroeste, escasez de agua, -no de tierras- y de litigio ejidal y comunal. 3) Frente al bisoña clase obrera mexicana, el *boom* crítico de los distritos mineros norteros de principios de siglo, la belicosidad de miles de trabajadores y el impacto directo de la huelga de Cananea. 4) Frente a las exigencias de la lucha armada, el hábito del patrocinio gubernamental a la autodefensa en un medio de violencia continua. 5) Como experiencia del Estado: un modelo insurreccional cuyo eje fue el control burocrático y financiero de un gobierno constituido, lo cual quiso decir que, para financiar la revolución, la estructura productiva vigente debió ser preservada, no destruida. 6) Para crear su ejército revolucionario: una maquinaria bélica socialmente neutra, un ejército de paga, un ejército de paga cuya eficacia en general pospuso y diluyó las demandas de los combatientes y encumbró a un

liderato proveniente de capas semirurales /semiurbanas que apartaron con la Revolución las trabas que impedían su ascenso en la antigua sociedad..⁶⁰

El autor de Después del Milagro señala sus motivos .El liderato de la revolución sonorenses tiene una triple razón para carecer de un proyecto de transformación radical de la sociedad. La primera, como se ha visto, que el modelo insurreccional en el que trabaja facilita y hasta exige lo contrario. La segunda es que su único horizonte ideológico (aparte de ciertos ecos de magonismo en gente como Calderón o Diéguez) es el que han bebido en las escuelas laicas y tardías del noroeste, bajo la forma de una historia patria jacobina, cuyos desplantes radicales son útiles para la crítica y transformación de una sociedad feudal, no para la demolición de otra, como la porfiriana, tiene sus momentos más dinámicos en los sectores capitalistas. La tercera razón es que ninguno de esos dirigentes era de una extracción social campesina o proletaria; veían en la Revolución la oportunidad de cumplir los anhelos de una emergente pequeña burguesía semirural y semiurbana cuyo enemigo y paradigma a la vez era el gran propietario, el rico porfiriano o, como los llamó Calles alguna vez, los “burgueses adinerados”.

Según se ha dicho, las características burocráticas de una rebelión y un ejército controlados desde arriba por los procedimientos de un gobierno heredado, independizan a los dirigentes de toda aspiración social profunda que no se la de su propia condición prerrevolucionaria. Y nada había en esa trayectoria tan intenso

⁶⁰ P.127.

como la sensación de bloqueo y la falta de oportunidades⁶¹. Apunta pues al lugar de lo que se ha dicho hasta la saciedad la revolución mexicana fue posible por la sensación de desahucio de unos pocos. O como la ha dicho Gabriel Zaid piden más los que tiene algo. Los desheredados esos no son sujetos de levantarse por sus propios medios.

De plano Aguilar Camín se pone antropológico y dice:

“Lo que puede decirse sin temor a errar es que en el largo plazo de la sociedad mexicana, esas tradiciones sonorenses parecen más decisivas que las del zapatismo restaurador o del villismo relampagueante y contradictorio. Si es verdad que estas últimas confiere a la revolución mexicana su facha de arraigado populismo (expresión de la dependencia relativa del Estado ante las masas) también los es que las primeras apuntan a la explicación del rumbo fundamental y duradero de ese movimiento: la construcción de un estado cuyo designio estructural es suplir y auspiciar el surgimiento de una burguesía nacional, a la cual ni sus peculiaridades locales ni los vastos recursos del Estado en cuyo padrinazgo se desenvuelve, libran de su carácter doblemente tardío: como clase social organizada frente al aparato político que la sirve (así sea mediado por sus transacciones populistas) y como burguesía nativa frente al capitalismo internacional, que somete por igual al ahijado y al padrino”.⁶²

“*Nociones presidenciales de cultura nacional*” en ***En torno a la Cultura Nacional***, Héctor Aguilar Camín *et.al.* México. Instituto Nacional Indigenista- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1983. pp. 95- 144.

Este mismo artículo apareció con anterioridad en *Saldos de la Revolución* en un apartado titulado: Desde la alta tribuna del espíritu. En el período que media entre los años 1920 y 1968 México asiste curioso al ponderamiento de lo que significa crear un proyecto educativo capaz de redimir a “un pueblo”, el título de este trabajo atiende las impresiones del jerarca de la clase política, de ese concepto

⁶¹ pp153-154.

malsano que en abril de 1976 (fecha del artículo) abarcaba cada una de las actividades de la vida nacional: el presidencialismo mexicano. La generación de Aguilar Camín asistió impertérrita a un hecho definitorio en su concepción del mundo: Tlatelolco.

Si el estado mexicano les resulto opresivo a los jóvenes clase mediera de los años sesenta fue entre otras cosas por su incredulidad de la razón de estado y de la legitimidad necesaria para ejercer el monopolio de la violencia que Weber nos dijo teníamos que reconocer. Decir esto, como queda claro, es no decir nada. Significa aludir a una serie de enumeraciones, que poco explican las tendencias hermenéuticas de unos autores preocupados por señalar vías de acceso a la realidad que se imponían como inaplazables.

Enrique Krauze lo explica así: “Mi generación –se ha dicho muchas veces- entró a la historia como vía para responder el misterio del 68. Es decir, con un interés muy marcado por la historia contemporánea, un interés digamos “politológico”, que en muchos -por desgracia- se volvió político”⁶³.

Pero si fuera solo un discurso, la acumulación de nociones presidenciales sobre la cultura nacional abriría con toda sencillez en la fe de la educación como arma de mejoramiento económico, civil y político del pueblo (obreros, campesinos, o más globalmente: clases trabajadoras); terminaría- sin perder nunca su hilo utilitario-

⁶² Pp.159-160.

colgándose los enfáticos y nebulosos arreos de la unidad nacional, la patria como un hogar magnánimo, el presente como un sarcófago de esencias que es necesario frecuentar en busca de inspiración, y perpetuar en solicitud anticipada de un Destino. Este “discurso de la cultura nacional”, tiene un *set* estable de clichés; lo rige –desde Calles, como a la ideología toda de la Revolución- la promesa de un futuro siempre aplazado, siempre en vías de realización. Sus motivos son fijos y recurrentes; ecos continuos; sus cambios casi siempre son efectos del énfasis. Las novedades y las exclusiones se verifican lentamente en él, siempre es posible rastrear, para lo nuevo, algún antecedente remoto; para lo que entra en desuso, alguna utilización posterior. Tres de esos motivos trataré de revisar aquí: 1) la educación como redención del pueblo y como instrumento del progreso económico individual y nacional; 2) la historia como una obra inconclusa cuyo último acto va escribiendo, siempre con mayúsculas, el presente; 3) la Universidad y los intelectuales como criaturas ajenas a –pero obligadas a la identificación y la lealtad con- la épica y las necesidades del pueblo –cuyas aspiraciones más hondas nadie encarna tan bien como el gobierno.⁶⁴

Aguilar sabe lo que va encontrar en los apuntes en este sentido es un proceso que no llama a engaño:

“Reflexión inútil: es una ingenuidad a cercarse a los discursos presidenciales en busca de una coherencia conceptual o analítica; sería como rastrear en la industria de la fotonovela la posibilidad de una Comedia Humana. La analogía es frívola, quizá, pero: los paradigmas verbales que nacen de la voz presidencial (su huella en las bóvedas legitimadoras de las muchas cuartillas, cuadros, teorías, historias que refrendan ese punto de vista; las “modas” culturales que han nacido de esas órdenes) equivalen quizá, en el ámbito de la producción de cultura, a las turbias esquematizaciones sentimentales que

⁶³ Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort. *Historiadores de México en el siglo XX*. México. Fondo de Cultura Económica. 1995. p. 531.

⁶⁴ p. 98.

podrían imaginarse como efectos de la industria del cómic, las telenovelas, la canción popular. En términos de un *star -system* nada tan extremo y tan triunfal en México como los presidentes”.⁶⁵

Revisar sus apotegmas y dichos sobre la cultura como quien atiende a las ideas de Agustín Lara sobre la mujer o de Marilyn Monroe sobre la guerra fría, es probablemente el enfoque adecuado. Reparar simplemente en la tontería material, específica, de sus declaraciones sobre el tema, es de por sí una perspectiva liberadora. Esto es quizá lo que empezó a suceder, no sólo para la cultura, sino para la ideología global de la Revolución Mexicana, en la década de los sesentas: no rebatirla —que es una forma de estar de acuerdo en el ámbito de una discusión— sino *rebasarla*, despojar de toda validez la discusión misma. Es decir no atender a lo que se da por sabido y por ello descontado.⁶⁶

El tono apagado y regresivo de los últimos años de Cárdenas, fue el disparador silencioso del perdurable cambio de acento, y la profunda innovación retórica que introdujo a partir de los cuarentas Manuel Ávila Camacho. La educación en todos los niveles no perdió de ahí en adelante su continua referencia a la utilidad práctica, pero lo dominante, lo abrumador, fue desde entonces el tono cívico, la exhortación nacionalista, la ideología de la Patria, la estabilidad y el medio pelo de la concordia y la defensa del patrimonio espiritual de México.⁶⁷ La nostalgia invade el sueño y se mira al pasado como quien mira un lugar para la san advertencia

⁶⁵ pp. 98 y 99

⁶⁶ p. 99.

⁶⁷ p. 104.

con la imposibilidad de revertir todo y dejar de acosar al pasado o mejor dicho, a sus presidentes del ayer.

Pero lo sustancial fue a partir de entonces la prolongación, el acendramiento (como diría Ruiz Cortines) y la multiplicación hasta el delirio –en este sentido la renovación- de los motivos patrióticos, cívicos y espirituales de la nacionalidad acumulada de México. El gobierno –y a esto volveremos más adelante- dejó de ser una agencia civilizadora en el sentido vasconcelista o callista, dejó de ser un emisor de programas educativos, un cuerpo en cierto modo separado, distinto del pueblo, y se volvió, por boca de los presidentes, el receptáculo vivo, la representación genuina, responsable y señera (como diría Ruiz Cortines) de las aspiraciones más profundas de ese pueblo y de sus luchas libertarias desde la Independencia: el guardián de una tradición, la expresión directa de las aspiraciones populares presentes, el ejecutor inspirado de los designios del pueblo: Padre, Hermano, Guía, Intérprete, Fiel, Administrador, Probo.⁶⁸

“El paso, muy clave, de un gobierno que se concibe como agencia civilizadora a otro que se asume como centinela patriótico de una civilización adquirida y en progreso ininterrumpido, esconde una visión de la historia”.⁶⁹ Visión de la historia develada por la varita de quien entiende el proceso, y no se deja seducir por el fetiche. Aguilar como garante de lo preciso y revelador.

⁶⁸ p. 108.

⁶⁹ p. 109.

“Memorias de una expropiación” en *Cuando los banqueros se van*, Enrique Florescano y Héctor Aguilar Camín (comps). México. Océano. 1982. pp. 13-27.

Este pequeño volumen reúne una serie de ensayos aparecidos en los números 58 y 59 de octubre y noviembre de 1982 en la revista *Nexos* con el propósito “... de llegar a un público más amplio y suscitar la reflexión y el análisis de esos hechos que han abierto nuevas alternativas en el desarrollo del país”.⁷⁰

Más que un ensayo, las consideraciones de Aguilar Camín resultan apuntes a bote pronto de la nacionalización bancaria, en donde se van intercalando declaraciones presidenciales y notas del periódico *Unomásuno* (vocero oficial de la izquierda en aquellos años) con comentarios del autor.

“Es quizá una deformación profesional afirmar que la nacionalización de la banca implica para los mexicanos un auténtico regreso de la historia, la inesperada actualización de poderosas tradiciones políticas y jurídicas. La huella azarosa pero persistente de cómo fue construida la nación, a partir de un Estado que patrocina su incorporación tardía y subordinada a las corrientes del capitalismo mundial y regula ese proceso situándose por encima de las clases, con una iniciativa histórica que tiene consistentemente mayor aliento que el de los proyectos que emanan de la sociedad”.⁷¹

Imposible pasar por alto la oportunidad de quejarse contra el padre protector que supone el Estado mexicano. La tradición que vuelve en la expropiación de la banca no es la de la colectividad, sino la del presidente, su sonido no es el del clamor nacional sino el de la voz solitaria que decide por sí ante la nación, lo que la nación será en adelante. Es la tradición autoritaria de México, no la

⁷⁰ p. 7 de la advertencia firmada por Enrique Florescano y Héctor Aguilar Camín.

⁷¹ p. 15.

democrática, la que regresa y actúa, autoritariamente, en el mejor interés de la nación.⁷²

Como buen comentarista de los sucesos de la vida nacional Aguilar se orilla a la izquierda y dice: “El reto de la izquierda independiente hoy es imaginar una verdadera tercera vía que rebase esa disyuntiva estrecha, un programa político que la resitúe como interlocutor frente al Estado y como opción política frente a la sociedad”⁷³.

“La nacionalización de la banca obliga también a la izquierda a plantearse con la mayor seriedad temas que habitualmente ha descartado por razones de ortodoxia o porque han probado ser salidas ilusorias en otros países. Entre los primeros, asuntos tan centrales como la cuestión nacional y el tema de la naturaleza del Estado mexicano, su relación compleja con esa sociedad sobre la que ha imperado confundiendo a menudo con ella. Entre los segundos, temas como el del tránsito pacífico al socialismo o como la duda enunciada: ¿A la Revolución por la Constitución?”⁷⁴. Sé que es pedir demasiado, pero la retórica de la revolución vista desde mi propio proceso de lectura suena hueca y carece de peso específico.

No deja de sorprender la estatolatría, “La banca nacionalizada será también un escenario óptimo la gran propuesta lamadrina de la renovación moral: eficiencia

⁷² *Ibid.*

⁷³ p. 24.

sin fugas honestidad sin excusa. Sobre todo, la nacionalización de la banca devuelve al estado la posibilidad de trazar una política económica verdaderamente realizable, de encaminarse sin resistencias financieras y económicas, al desafío central de la historia toda de México: la desigualdad”.⁷⁵

Padre autoritario pero cumplidor, regañón pero aguantador; los hijos que se atrevieron a desafiarlo lo vuelven a ver como el único rudimento necesario e indispensable de la constitución del ser mexicano.

“Ovación, denostación y prólogo” en ***Interpretaciones de la Revolución Mexicana***. México. Nueva Imagen. pp. 11-19.

Dentro de poco tiempo se cumplirán treinta años de la publicación del volumen en el que fue incluido este prólogo. Cómo se leen a la distancia algunas de las cosas que en él se dicen, este trata de ser uno de los puntos a responder en la experiencia que significa explicar las motivaciones y sensaciones de un autor, desde la percepción que se tiene de él en la escritura.

El análisis de la revolución mexicana ha generado una bibliografía capaz de llenar una biblioteca de un tamaño ya considerable. La mitología de este hecho orilló a concepciones apabullantes y en su mayoría concluyentes, casi diría abusivas.

⁷⁴ P. 25.

⁷⁵ p. 27.

Escrito para presentar cinco textos que corresponden a un ciclo de conferencias que fue auspiciado por la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1977, este prólogo da cuenta de las acumulaciones y de los lastres que un proceso como el de la revolución mexicana había generado en las formas de indagar y explicar un hecho.

Dice Héctor Aguilar: “Montada en el bastidor decimonónico de la construcción de la Nación liberal, y otorgándose el espectacular beneficio de haber venido al mundo por la vía de una catártica guerra civil, acaso la *mayor hazaña ideológica de la historia de México sea la revolución mexicana*. En el comentario múltiple y contradictorio de esa entidad, y en la dificultad paralela de situar su perfil histórico preciso, se han vertido los afanes de una de larga historiografía y de un prolijo arsenal de discursos, alucinaciones cívicas, compromisos y luchas, idearios, certidumbres ontológicas, una industria de la conciencia, otra del turismo, las sucesivas reivindicaciones y enardecimientos de un país nacionalista que no parecen dar sino al umbral de las reiteradas claudicaciones y fracasos de un país independiente. Más allá de los hechos históricos definibles que su nombre denota, *la revolución mexicana ha sido sobretudo un poderoso instrumento ideológico de dominación*, un fetiche aglutinador de significados y adaptaciones retóricas, un fantasma continuamente catalogado y continuamente inexacto, que genera su propia confusión y su inagotable hermenéutica”.⁷⁶.

⁷⁶ p. 11. (Subrayados míos)

Ideología y dominación como herramientas de análisis. A la vista de los años estas categorías han cedido su tentativa de explicación a otras conceptualizaciones en las que se sigue intentando asir la realidad. De sobra está decirlo, Aguilar Camín transitó de posiciones intelectuales muy cercanas a la izquierda hasta lo que ahora pudiera entreverse como un posicionamiento encajonado en la certidumbre democrática de la burguesía liberal. En algunos momentos la transformación se confunde con la invasión literaria de la que Aguilar presume en sus análisis políticos.

Todas las *interpretaciones* de este volumen, sintetizan una visión particular: la de la izquierda mexicana, preferentemente la explicación de una historia marxista. Se trata pues de develar la serie de consideraciones que obnubilan el proceso a entender: "Sin incurrir en grandes omisiones, quien asume una perspectiva crítica de la historia reciente del país, puede saltarse las visiones autogeneradas por el fetiche llamado revolución mexicana y seguir únicamente los hilos y las informaciones que sirvan al propósito de conectar esa historia con el presente en el que ha desembocado. Es un presente (y en ese sentido una historia) lleno de enigmas y desconocimientos, pero cierto e inmejorable como perspectiva la tendencia inequívoca y contundente que lo ha procreado. Puestos juntos todos los ingredientes –del Constituyente de 1917 a la Reforma Política, de Madero a López Portillo, de Emiliano Zapata a la CNC, de los Batallones Rojos al Congreso del Trabajo, de Limantour a Espinoza Iglesia, de Diego Rivera a José Luis Cuevas- de nada se ha tratado a largo plazo en el México posrevolucionario sino de la construcción del capitalismo".⁷⁷

La crítica se asume sólo desde la óptica que nos demuestre el proceso malsano de la construcción del capitalismo mexicano, sino no se hace de este modo, la perspectiva será otra más de esas visiones autogeneradas y no gozará de esta confianza en develar el verdadero significado de este proceso. Si de lo que se ha tratado en todos estos años es de constituir algo tan definitorio como el capitalismo mexicano, no nos queda sino asistir azorados a doctas disquisiciones

⁷⁷ p. 13.

en donde la estructura determina a la superestructura, y donde los medios de producción siguen siendo de unos cuantos. Por ello, no sorprende que en pocas páginas se acumulen los siguientes términos: “organización proletaria independiente y revolucionaria”, “ausencia de una clase obrera organizada”, “semiproletarizados del campo”. Es cierto, a la distancia de los años el uso de categorías como éstas produce cierto desgano, la explicación de la realidad ha entrado en una especie de zozobra intelectual, producida entre otras cosas por eventos políticos como la caída del muro de Berlín. La era de las incertidumbres campea entre nosotros y a falta de mejor asidero, el mundo occidental convino en refugiarse en la vida democrática como el nuevo lugar de lo realizable.

Lugar común de la relación entre las preocupaciones del presente y su impacto en las preguntas que se le hacen al pasado Aguilar reconoce: “...son síntomas claros del modo como se trasladan las certidumbres y las preocupaciones del presente a la lectura de la historia: la tentación de presentar el radical anticapitalismo zapatista como lo más cercano –“un puente frágil”- a los intereses históricos del proletariado (Gilly); a esos mismos campesinos restauradores, precapitalistas y arraigados a la tierra como embriones de un proletariado rural (Aguilar Mora); los atisbos de la organización agonista como una especie de estimulante proyecto de partido obrero leninista (Bartra); el intrincado tejido de la lucha de clases como el simple trasfondo de una revolución política burguesa cuyo Estado descubre e impone desde arriba una política de masas para contener las fuerzas que el mismo desarrollo capitalista genera en la base de la sociedad (Córdova)”.⁷⁸

Durante los años setenta la revolución social de corte socialista era posible, mucho más certero sería decir inminente. Acertar en la forma en que el capitalismo se colapsaría parecía ser en mucho la fuente de debate de aquellos años. El análisis histórico se pensaba como un lugar de reflexión para la acción inmediata, lo que no apuntala no sirve, las condiciones estaban dadas y en

⁷⁸ p. 15.

muchos sentidos América Latina se colmo de focos para la violencia revolucionaria. Analizar y encontrarle las fallas a una revolución como la mexicana se convertía en vehículo de previsión, hacia donde no haría que ir en las nuevas intentonas. Hacia donde orientar la lucha y continuar una gesta interrumpida. Quizá exagero pero las fórmulas de lo que sería la reforma política de 1979 tomaron en cuenta las vicisitudes del evento y algunos de los grupos de izquierda fueron incorporados a la arena política legal. Para ser consciente de mi propio momento de escritura haría falta señalar que la guerra sucia ejercida contra los grupos de extrema izquierda comienza ahora a revisarse y señalar los excesos cometidos por el aparato estatal. En estas condiciones se leía y se escribía en el México de finales de los años setenta.

No conforme con advertir las regularidades de un proceso regido por las necesidades del presente, avisora y se disculpa por las molestias que una obra no hecha pudiera ocasionar: “La segunda desventaja de esta óptica “actualizadora” es que las preguntas claves impuestas por el presente son relativamente nuevas y no han regido la búsqueda y la acumulación historiográfica anteriores. (Por “relativamente nuevos” quiero decir: en la esfera de la investigación, la enseñanza y la vida académica mexicanas). Son preguntas sobre la calidad de la dominación y la estructura del Estado como expresiones del desarrollo material de la sociedad. Preguntarse por las características del capitalismo mexicano es preguntarse simultáneamente por un modo de producir y de distribuir los bienes, por las contradicciones sociales que ese modo de producir modela y genera y por los instrumentos de control y regulación institucional –o represiva- de esas contradicciones. Son preguntas que la historiografía acumulada, pese a su

desquiciante magnitud, no ha respondido ni estudiado explícitamente sino a partir de los últimos años”.⁷⁹

En suma habría que advertir de la misma manera las contundencias de la producción historiográfica que rige al país, desde mediados de los años setenta hasta imaginar la forma en que el cambio de partido en el poder definirá las tendencias a reconocer y los problemas a responder en los años venideros. Aguilar se lamenta de no contar con las suficientes investigaciones que bajo nuevas ópticas otorguen mayor certidumbre al ejercicio contumaz de la crítica histórica. Su argumento es sólo una forma de precisar que las constantes inmersiones en el fetiche, generalmente conducen a preguntas no contempladas con anterioridad, y sólo de ese modo se entiende que cada generación de historiadores anteponga sus preocupaciones a las de sus mayores, las compare e inicie, una vez más las cavilaciones con mayor grado de certeza porque nadie se puede llamar a engaño.

Para muestra la siguiente cita:

“Los autores de estos ensayos tienen como ventaja decisiva que conocen la desembocadura del proceso; indagan sobre el fetiche con la seguridad de saber a donde ha conducido, cuál era el tipo de sociedad que portaba en las entrañas y que, hace sesenta años la violencia ayudó a parir. Los matices, los acomodos internos, las muchas peculiaridades orgánicas a los mecanismo de acción del fenómeno, son para estos autores, desafíos analíticos o metodológicos, no eslabones que puedan alterar su certidumbre básica sobre el sentido general de la revolución mexicana”.⁸⁰

Para parafrasear a Camín valdría decir que al momento de escribir estas líneas conozco la trayectoria general de lo que significó escribir desde un punto de vista

⁷⁹ *Ibid.*

que hoy con cierta nostalgia no hemos podido aquilatar. La perspectiva marxista de la historia podría contribuir a no olvidar aspectos centrales de los múltiples procesos que hoy atiende, esto sólo será posible en la medida de nuestras posibilidades indagatorias sobre el significado de escribir y mediante ello explicar no sólo hechos del pasado, sino simultáneamente atender a las complejidades de leer y escribir en un contexto y un momento histórico determinados. El lugar y el tiempo de la escritura con el lugar y el tiempo de la lectura, como actividades ligadas al proceso creativo que se desarrolla cuando se escribe un libro de historia.

Saldos de la Revolución. Cultura y política de México, 1910-1980. México. 1982. Editorial Nueva Imagen. 275p.

“Era el regreso a la necesidad, diríase generacional entre los mexicanos, de interrogar periódicamente el sentido, la permanencia, la permanencia los mitos y realidades de su Revolución de principios de siglo. Es un vicio hermenéutico que inició Luis Cabrera en los años treinta con su *Balance de la Revolución*; lo continuó junto a otros , aunque a la manera de su propio desencanto, Daniel Cosío Villegas en su ensayo “La crisis de México” (1947), y lo reactivó, a principios de los sesenta Stanley Ross con la colección de ensayos que un buen grupo de escritores y políticos mexicanos escribió para responder a la pregunta que dio título al libro: *¿Ha muerto la revolución mexicana?*”⁸¹

⁸⁰ p. 12.

⁸¹ p. 9.

“La década de los setenta nos sorprendió recayendo en el mismo vicio, exigiendo otra vez la autopsia del cadáver que tantos diagnósticos previos había embalsamado, recomponiendo nuestras certezas y nuestros juicios sobre el asunto”.⁸²

El libro cuenta con un ensayo realmente notable: “Macbeth⁸³ en Huatabampo” da cuenta de las tribulaciones premonitorias de un personaje inmerso en sus propias contradicciones, la forma de escritura del pasaje da cuentas de las preocupaciones estilísticas del autor pero también de sus intenciones literarias: “Una de las últimas imágenes de Álvaro Obregón lo recuerda dos meses antes de su muerte recluido en su próspera hacienda de Náinari, una maciza y tosca construcción de madera, durante años sin luz eléctrica, en el centro de la profunda planicie del Yaqui. En el calor abrasante de mayo el general invicto –manco, entrecano y ya presidente reelecto- hace cuentas y expide mensajes desde el pequeño despacho adornado por el orgullo agrícola de una gran mazorca de maíz cosechada en sus tierras. Afuera ladran y aúllan, tan obsesiva como inusitadamente sus perros de campo. Obregón pide al chofer que los calle y el chofer sale a callarlos, pero los perros siguen ladrando. Ordena que les den de

⁸² *Ibid.*

⁸³ Macbeth (c.1005-1057), rey de Escocia (1040-1057). Fue jefe militar al servicio del rey Duncan I y conde de Moray. Tras asesinar a Duncan en 1040, reclamó el reino y lo gobernó durante diecisiete prósperos años. El hijo de Duncan, Malcom Canmore, que se convertiría más tarde en rey de Escocia (Malcolm III), mató a Macbeth en 1057 en el transcurso de la batalla de Lumphanan. *Macbeth*, tragedia en cinco actos escrita por Shakespeare, está inspirada en episodios de la vida de este personaje histórico. Acaso representada ya en 1606, la obra fue impresa por vez primera en la edición de las obras de Shakespeare publicada en 1623. La principal fuente utilizada por el dramaturgo fue *Crónicas de Inglaterra, Escocia e Irlanda* (1577) del cronista inglés Raphael Holinshed. La tragedia constituye un estudio detallado, perspicaz y agudo de la ambición humana. La obra ofrece, con los personajes de Macbeth y su esposa Lady Macbeth, dos papeles llenos de fuerza cuya interpretación se ha considerado muy atractiva para todos los grandes actores del mundo. La

comer y les dan, sin que cesen los ladridos. 'Denles carne fresca', grita por la ventana el general, pero la carne fresca tampoco los calma. Enervado y ansioso al cabo de una hora de ladridos, el último caudillo de la revolución mexicana cree ver en la tenacidad de la jauría un augurio formal de su destino. 'Se lo que quieren esos perros', dice sombríamente a su chofer. 'Quieren mi sangre'".

A la sombra de la Revolución Mexicana. México. Cal y Arena. 1993. 318p.

(En coautoría con Lorenzo Meyer)

El origen de este volumen es la intención de cumplir con una serie una serie de fascículos que debían venderse en los puestos de periódicos desde su origen esta planteada como una obra de divulgación y de acercamiento de un público amplio a las vicisitudes de su historia. Se escribió en conjunto porque cada unos de los autores había comenzado a hacerlo por su cuenta hasta que a iniciativa de Enrique Florescano y del INAH les fue asignado el volumen sobre le siglo XX.

Escrito a dos manos este libro sólo sustenta su manufactura en las tareas inmediatas de cada uno de sus autores y en esa medida acumula fechas y datos sin otro ánimo que proporcionar información sobre la historia del siglo XX mexicano.

tragedia de Shakespeare fue la base del libreto de la ópera *Macbeth* (1847) de Giuseppe Verdi. Ver *Diccionario de Literatura Universal*. Ediciones Generales Anaya. Madrid. 1985. pp. 560-563.

La Revolución dejó de ser una fuerza real después del sexenio de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) pero su prestigio histórico y el aura de sus transformaciones profundas siguió dando legitimidad a los gobiernos mexicanos de la segunda mitad del siglo XX. Ese brillo mitológico y real del período reciente, permitió a partir de Cárdenas que el *status quo*, plagado de fallas e injusticias, fuera presentado verosímilmente al país como algo pasajero, ya que el verdadero México era justamente el que aún no surgía, el que estaba por venir. Fue ése un salto ideológico crucial y tiene su propia historia: la conversión del hecho revolucionario en un presente continuo y un futuro simple promisorio.⁸⁴

La Revolución Mexicana y la Constitución de 1917 fueron perdiendo su condición de hechos históricos precisos para volverse, como la historia toda del país, un “legado”, una acumulación de aciertos y sabidurías que avalaban la rectitud revolucionaria del presente.

Hasta Cárdenas, la porción de historia requerida para legitimar los regímenes revolucionarios era en lo fundamental la que empezaba con la insurrección de 1910. A partir de 1940, empezó a dominar el lenguaje oficial la certeza de ser el gobierno heredero u continuado de una historia anterior que se remontaba hasta la independencia.⁸⁵

“Una visión de conjunto de los últimos cuarenta años de historia mexicana podría reconocer en ellas dos tiempos o dos ritmos. El primero, que hemos llamado del

⁸⁴ p. 189

⁸⁵ *Ibid.*

milagro mexicano, va de 1940 a 1968 y está caracterizado por una notoria estabilidad política y un notorio crecimiento económico; el segundo, que va de 1968 a 1984, habría que llamarlo el de la transición mexicana, una transición de orden histórico que reabre la pregunta sobre la duración y el destino del sistema político e institucional derivado del pacto social que conocemos como Revolución Mexicana”.⁸⁶

La sociedad mexicana de mediados de los ochenta vivía la sensación generalizada de un cambio de época, la sospecha de una gran transición histórica. Los síntomas acumulados del cambio sufrido por el país y su sistema institucional durante las últimas cuatro décadas hacían cada vez más evidente la citada transición.⁸⁷

Resulta una paradoja histórica de gran densidad el hecho de que las exigencias objetivas de la producción, el desarrollo económico y la pluralidad social estén golpeando las únicas formas conocidas que tienen la sociedad y el Estado para manejarse y organizarse. Ese es el conflicto en profundidad que caracteriza nuestra transición, una transición que, sin embargo, va cayendo más del lado de allá, de lo que ya viene, y cada vez menos del lado de acá, de lo que está dejando de ser. No se trata ciertamente de un proceso de días ni de semanas, sino de años y a lo mejor de décadas, pero la sociedad mexicana acude al término de un acuerdo fundamental consigo misma, un verdadero cambio de época que hace

⁸⁶ p. 239.

⁸⁷ p. 295

convivir en nosotros a la vez el desconcierto y la necesidad del cambio, el peso inerte del pasado y el clamor imantado e indefinido del futuro.⁸⁸

Después del Milagro. México. Cal y Arena 1996. 296p.

En 1996 resultaba más que evidente que las nuevas formas por donde habría de andar la reflexión política, deberían ser las de la transitología o no serían. Es decir, las consabidas muestras de lo que cambia y los senderos por donde ha caminado ese plano de la sociedad y el estado, no es otra cosa lo que intenta este libro, definir con algo de fortuna las realidades por las que el país llamado México se redefinió en su trajinar profundo.

Es la idea central de este libro que los cambios de la últimas décadas desbordan las reglas del pacto histórico que los hizo posibles. Las fórmulas y los instrumentos de ese pacto son insuficientes para contener las aspiraciones creadas por sus conjuros modernizadores. La mexicana ha sido una modernización bárbara y excluyente. Ha dejado fuera de sus beneficios –incluso de sus pobreza relativas– a una porción enorme de la población. Pero es el hecho crucial para este libro que lo incluido en el circuito de nuestra modernidad coja ha dejado de ser una minoría privilegiada y es ya una mayoría nacional. Una nueva “voluntad colectiva” recorre y desazolva los viejos cauces de la nación, pero no actúa sola y sin freno, sobre un paño intocado por la historia, sino sobre la acumulación de un enorme pasado. En la lucha amorosa y desaprensiva del pasado con el futuro que caracteriza a la transición mexicana, he creído identificar ocho tendencias que la resumen. Cuatro

⁸⁸ p. 312.

son de orden “superestructural”, en tanto que aluden a las transformaciones del sistema de dominación política. Otras cuatro son de orden “estructural” en tanto se refieren a cambios más lentos- de “larga duración”, diría Fernand Braudel- que implican tránsitos civilizatorios de más amplio horizonte histórico.

Las cuatro tendencias “superestructurales” son:

1. Un descenso relativo del peso del Estado y un ascenso relativo del peso de la sociedad.
2. El paso del acuerdo al litigio entre las cúpulas gobernantes del Estado y las representaciones corporativas del capital y el trabajo.
3. El vaciamiento del control estatal en el campo y la progresiva rebelión civil en las ciudades.
4. El paso de un régimen de “presidencialismo absolutista” a un régimen de “presidencialismo constitucional”, y de un sistema de partido dominante, a un sistema de partidos competitivos que permitan la alternancia democrática en el poder.

Las cuatro tendencias “estructurales” son:

1. El tránsito definitivo del país rural al país urbano y de un agudo proceso centralizador, a la constitución de una nueva periferia descentralizada.
2. El ingreso a una nueva fase larga de integración a la economía mundial, que a su vez inicia una revolución productiva y tecnológica de longitud imprevisible.
3. Una reconcentración de la desigualdad.

4. La constitución de un “pueblo nuevo” –una nueva mayoría nacional, social, mental, política- que suple, aunque en parte repite, a la anterior.⁸⁹

No deja de haber cierto aire nostálgico cuando dice: “Como la Buenos Aires de Borges, así los mexicanos de la segunda mitad del siglo XX podrían tener la sensación de que nunca empezó el estado mexicano (parece “tan eterno como el agua o el aire”). Es probable que no hay existido en la vida de esos mexicanos una cosa más inevitable que la presencia –cívica o punitiva, caciquil o modernizante- de su organización política estatal. Antes de la llegada –y después del repliegue de la iglesia- nada ha tenido tanta realidad cotidiana en la masa de impulsos colectivos de México como el horizonte múltiple del poder. La política, la administración pública, la gestión corporativa, han sido pasión ubicua, catecismo ideológico, ocasión de prestigio, respeto y enriquecimiento, lugar de favores y concesiones, de leyes y obras públicas, escuela de la lealtad y la supervivencia, de la opresión y de la prodigalidad, del triunfo y la derrota”.⁹⁰

Fue una generación de temple radical que soñó radicalmente los cambios que deseaba para México. En el apogeo del gran monólogo institucional de los sesentas, exigió a gritos el diálogo. En medio del gran sueño autoritario, complacido de sus logros -que no eran pocos- desafió a la autoridad, frente al muro triunfal del país corporativo, ejerció sin preguntar sus derechos ciudadanos. Quiso la apertura democrática y ambicionó un cambio decisivo y profundo para la vida pública de México.⁹¹

Si algo demuestran los últimos veinte años de México es que la acumulación de cambios graduales hasta mezquinos, pueden significar, puestos juntos, un cambio radical. No creo pues, en la catástrofe, sino en los sentimiento reformistas del

⁸⁹ pp. 16-17

⁹⁰ p. 22

⁹¹ p. 283

país, en su sano instinto político y en la calidad de su gente –edad, educación, espíritu ciudadano.⁹²

A fines de los ochentas “volver a la revolución Mexicana” acaso sólo quería decir la memoria nostálgica y exasperada del México anterior a la crisis económica, la suspensión de subsidios, el castigo salarial, la especulación, las ventajas para el capital, el pago opresivo de la deuda. Es un lugar mitológico, benigno y deseable, que probablemente nunca existió del todo en el pasado, pero que incendia y muévela imaginación de millones de mexicanos, ansiosos de reponerlo en su futuro⁹³.

Prendidos de ese lugar posible, bajo la convergencia cardenista, los electores de julio cuestionaron el camino de la modernización del gobierno actual y buscaron en el pasado –en el pasado populista e ineficiente que se recuerda, pese a todo, como mejor –una vía menos ajena a las tradiciones y a la historia del país que la emprendida en los ochentas por vía del ajuste estructural del economía y el Estado. Fue otro mandato sutil y contundente por la recuperación del equilibrio.⁹⁴

El mensaje final de las elecciones de julio de 1988 se resume sencillamente en la decisión de cambiar a fondo nuestro sistema político por las vías institucionales a la mano, en forma gradual, pero drástica, ajustando desde abajo, con los votos, lo que la cúpula no puede o no quiere ver. Es la mayor reforma política que el país

⁹² p. 283-284

⁹³ P. 295

haya vivido en la era del PRI y la que posiblemente anuncia su término. Es la más profunda, porque es la más colectiva; la menos esquivable, porque expresa, como ningún otro acto político que podamos recordar, los imperativos civilizados de esa voluntad general que sólo habitaba para nosotros en los libros y ahora parece alentar nuestra vida pública. La respuesta política que se ofrezca desde el gobierno a ese alud reformista, a la vez pacífico e incontenible, no puede ser, no debe ser una adaptación oportunista del pasado. Debe ser una anticipación cabal del porvenir. Ese es el desafío de nuestra modernidad política: reconocer el ritmo de lo nuevo y darle espacio, sin voltear demasiado hacia atrás.⁹⁵

México: La ceniza y la semilla. México. 2000. Cal y Arena. 142p.

Héctor Aguilar Camín ha dividido su tiempo entre distintas labores de escritura. En primer término dedico sus esfuerzos a hacer de la historia el territorio por donde las fuerzas de la reflexión aportaran modos de explicación de lo que sucedía en la tantas veces incomprendida "realidad nacional". Apuntó con fervor en pro del periodismo y en los últimos tiempos escribe una obra literaria que ha ido ensanchando con el paso del tiempo.

En su faceta de analista político ha escrito ensayos y artículos que intentan trazar líneas de análisis coyuntural fincadas en sus conocimientos históricos. El libro que nos ocupa está presentado como una nota de alcance a uno anterior: *Después del*

⁹⁴ *Ibid*

⁹⁵ pp.295-296

Milagro reconocía la serie de cambios que México había experimentado a lo largo del siglo XX en él, Héctor Aguilar vislumbraba cuatro tendencias políticas y cuatro tendencias civilizatorias. Menciona que: "En 1988 cuando escribí *Después del Milagro*, el sistema político resultaba arcaico para la modernidad social alcanzada por el "pueblo nuevo" de México. Ésa fue una idea central de aquel libro. Al empezar el siglo XXI podría predicarse lo contrario: la modernidad social de México, en particular su cultura cívica, están por debajo de los retos que plantea la modernidad democrática abierta por la elección del 2 de julio. Ésta es la idea central del presente libro: la modernidad democrática alcanzada pide una cultura ciudadana que está en formación y que en algunos aspectos no ha nacido todavía"⁹⁶.

Dividido en cuatro capítulos el libro da cuenta de "los cambios", "las inercias", "los nuevos actores" y la "democracia y modernidad" que representan los puntos sensibles del entramado político en el que sociedad política y sociedad civil construyen sus relaciones.

El primer capítulo enfatiza los cambios ocurridos en el país y que tuvieron como punto culminante el 2 de julio del año 2000 con la victoria electoral de Vicente Fox en la presidencia de la república. La discordia electoral es en la visión de Héctor Aguilar Camín, el punto de quiebre de las relaciones políticas desde el siglo XIX. El 2 de julio marca un fin de época, termina con la eterna disputa del acceso al

⁹⁶ Héctor Aguilar Camín. *México: La ceniza y la semilla*. México. 2000. pp. 14 y 15.

ejercicio del poder público. Las elecciones libres transparentes culminaron los años de cambio de nuestro largo siglo XX.

La transición a la democracia sentó su fecha fundacional el 2 de julio y para Aguilar el país asistió a todas las escenas fundadoras de una nueva época:

1. La contienda fue incierta y con reglas claras
2. Se concretó la alternancia en el poder
3. El triunfador fue reconocido por sus adversarios
4. Después de la agitación electoral siguió la naturalidad cívica. Todos aceptaron los resultados y se fueron a su casa.

Los 71 años de régimen priísta son vistos por Aguilar, como una historia compleja que no se agota en la noción de partido de estado o dominación de partido único. Sin embargo, trata de curar en salud al régimen que gobernó al país durante casi todo el siglo XX cuando señala: "La manipulación electoral, hay que decirlo, no fue una invención de los revolucionarios. Era la tradición vigente de un país sin ciudadanía real ni instituciones democráticas arraigadas, un país de costumbres corporativas y feudales".⁹⁷

Aguilar parece pedir un despropósito, le pide a la democracia que antes de aparecer supla las creencias de nuestra tradición y asuma con fortuna las

⁹⁷ p 23 y 24.

bondades del sistema democrático que, hay que decirlo también, no apareció como el gran logro de las sociedades contemporáneas sino hasta hace muy poco.

El PRI no fue un partido inamovible, Aguilar Camín detecta, en sus décadas de dominio, el país cambió al menos dos veces de proyecto nacional. En los cincuenta el país se orientó a la sustitución de importaciones y a partir de los años ochenta comenzó un cambio hacia la apertura de la economía y el desmantelamiento del estado de bienestar. No fue monolítico ni inamovible. “Sólo entendiendo la diversidad histórica de esos partidos y los cambios internos del propio PRI es posible entender el siglo XX mexicano que terminó el 2 de julio de 2000. Fue un régimen peculiar que sin haber tenido jamás alternancia en el poder, cambió como pocos a sus élites gobernantes y emprendió los proyectos más dispares. El del PRI fue un régimen extravagante, a la vez plutocrático y popular, estatolatra pero capitalista, desigual pero inteligente, vertical pero inclinado a las reformas, autoritario pero no dictatorial o policiaco. Un régimen de partido hegemónico donde siempre hubo elecciones y partidos de oposición”.⁹⁸

En este sentido –dice Camín- lo que sucedió el 2 de julio fue la culminación de un proceso que fue dándose, elección tras elección, desde 1988. Sin embargo, acota, la verdadera transformación del régimen comienza en 1982 con la quiebra de la economía estatal y el inicio de una modernización que altero poco a poco todas las premisas de la dominación priísta. La pregunta salta inevitable: ¿Por qué situar en el aspecto económico el inicio de un hecho fundamentalmente político, como

resultan las elecciones federales de julio del año 2000? Aguilar Camín parece no responder a esta pregunta.

La naturaleza del cambio es de tal magnitud que resulta posible haber inaugurado una transformación de largo alcance para toda la sociedad mexicana. En esta coyuntura el libro de Héctor Aguilar se inscribe como la agenda de los asuntos pendientes e impostergables de llevarse a la arena pública.

Aguilar coloca esta reforma dentro de las grandes transformaciones del mercado y de la política mundiales. “La transformación mexicana de fin de siglo no es una excepción, forma parte del reacomodo productivo, financiero ty técnico que altero profundamente las coordenadas del mercado mundial a partir de los años setenta”.⁹⁹

Los cambios en la economía se realizaron en el curso de dos sexenios (1982-1994), primero con gradualidad y en el segundo período a un ritmo acelerado. Las adecuaciones en el campo económico trastabillaron el orden político. En 1987 los cambios ayudaron a concebir una nueva escisión en el bloque gobernante y los costos de la reforma comenzaron a hacerse evidentes. No había alternativa, señala lapidariamente Héctor Aguilar, “...ningún país de nuestro continente ha podido negarse a implantar esas reformas...”¹⁰⁰

⁹⁸ p. 26

⁹⁹ p. 29.

¹⁰⁰ p. 33.

Aguilar Camín justifica los cambios y por ello acude a Maquiavelo en su pasaje sobre los “profetas desarmados”: “Nada hay tan difícil de ejecutar ni de resultado tan incierto como introducir un nuevo orden de cosa, ya que quien lo introduce tiene como enemigo a todos los que medran del viejo orden, y como aliados poco entusiastas a quienes pudieran medrar del orden nuevo. Los hombres no creen realmente en las cosas nuevas a menos que hayan tenido una experiencia personal de ellas”.¹⁰¹

El equipo en el gobierno continuo los cambios y en 1994, el año de la rebelión y del magnicidio, el PRI volvió a encender la maquinaria electoral para asegurar el triunfo. Pero la crisis económica de 1995 abrió el compás de espera para que en 1997, por primera vez en su historia el PRI perdiera la mayoría absoluta en el congreso federal. El voto del 2 de julio confirmó el hartazgo de la población que se había beneficiado con los gobiernos priístas. Los sectores jóvenes y mejor educados optaron por el candidato de Acción Nacional y le dieron al PRI la espalda.

Señala el autor de *Las Mujeres de Adriano*, “El triunfo de Fox completa en el ámbito político, el proceso de modernización desatado en México por los gobiernos priísta, a partir de 1982. es un resultado lógico de la modernización venida de las entrañas del antiguo régimen. Una liberalización de la economía y una reforma del Estado como la que emprendieron los gobiernos de México no

¹⁰¹ p 34.

podía sino terminar en la modernidad democrática”.¹⁰². Cual destino manifiesto, la modernidad democrática (que se reduce sólo al ámbito electoral) resulta tan inevitable, como la pobreza generada por los distintos modelos de desarrollo puesto en práctica por esos mismos “gobiernos emanados de la revolución mexicana” (las comillas son mías), de tal modo, que si los signos de la modernidad económica y política tienen expresión en la realidad nacional, Aguilar olvida que estos signos son ondulantes y en ocasiones van en sentido contrario de lo que consideramos como benéfico para la mayoría de la población.

En la visión de Aguilar Camín la naturaleza del régimen político que resulta después del 2 de julio de 2000 presenta dos grandes novedades: la alternancia y la emergencia del Congreso como un poder real; este escenario plantea la división de poderes y la necesidad de la negociación política.

La política es el arte del acuerdo. En este sentido, el autor de *Subversiones Silenciosas* sentencia, la falta de un consenso nacional de fondo en el México actual. Existe una disputa en torno a la posición que el país debe asumir frente al desafío de la modernidad.

Las disputas pueden llevarnos a una parálisis en aspectos torales de la agenda nacional: iniciativas de privatización, reforma fiscal, reforma a las leyes de trabajo, reformas al aparato educativo o al sistema de salud. ¿Cómo librar estas disputas? O mejor dicho ¿En que contexto entenderlas y conducir las al gran acuerdo nacional? Define Héctor Aguilar Camín “... el consenso nacional que falta en México es el de la nueva mezcla deseable de Estado y mercado, un acuerdo político estratégico que se irá encontrando por ensayo y error en un marco de

¹⁰² p.37

litigios persistentes que pueden traer a la naciente democracia mexicana un prematuro baldón de ineficacia gubernativa”¹⁰³.

El gobierno del cambio se verá en la necesidad de incorporar mayores innovaciones en aras de realizar el proyecto económico, éste se ha dicho hasta la saciedad es el mismo que el PRI enarbó en los últimos 18 años. Pero este hecho es obviado en el análisis o no se le confiere suficiente fuerza, en su lugar se atiende a exponer las posibles consecuencias de no contar con el aparato burocrático debidamente aceitado. O a mencionar las fuerzas de los sindicatos corporativos. La corrupción es otro de los focos rojos a atender en este bregar de las cosas a atender por el nuevo gobierno.

Aguilar lo resume de la siguiente forma: “El cambio del 2 de julio del año 2000 sucede sobre un telón de cambios. En el último cuarto de siglo México ha cambiado la naturaleza de su economía y de su política. Los costos han sido altos y los resultados magros todavía. La sociedad ha optado por la alternancia en un aluvión de optimismo. Espera grandes cosas del cambio, pero ha dibujado un régimen político de Presidencia débil y mayorías parlamentarias frágiles que podrían dar lugar a empates catastróficos a la hora de ejercer el gobierno. Riesgos adicionales son la falta de un consenso claro sobre el rumbo que debe seguir el país, la poca solidez de la estructura burocrática, las resistencias sindicales, la pobre administración local y el clamor contra la corrupción, que frena la credibilidad de la ciudadanía frente al gobierno. Muchas cosas han cambiado y

¹⁰³ p 44

muchas no. Dedico el siguiente capítulo a explorar algunas de nuestras inercias, un mapa de lo que no cambió, cambió poco o empeoro en el camino”¹⁰⁴.

Bajo esta advertencia el autor de *Morir en el Golfo*, vislumbra la posibilidad de reconocer las virtudes de 70 años de gobiernos priístas: negociación, realismo, tolerancia, astucia, profesionalismo, sentido práctico, laicismo, lo que pueda haber de modernidad, algo de desarrollo y un buen tejido institucional en el México de hoy. Lo que no deja de sorprender cuando no podría haber sido de otro modo, pues resulta evidente que todas y cada una de las cosas en las que el PRI asumió la tutela de la sociedad sólo son un modo de aceptar lo que ahora se conoce como autoritarismo.

Subversiones Silenciosas. Ensayos de Historia y Política de México. México. 1993. Aguilar. 215p.

El tema de Aguilar Camín parece ser la reflexión de lo que permanece y lo que cambia en una sociedad. El título del volumen: “Se llama así en alusión a una idea del historiador Francois- Xavier Guerra, según la cual la Revolución Mexicana de 1910 fue sólo el estallido que alumbró una larga cadena de subversiones silenciosas, incubadas durante las últimas décadas del siglo XX(sic), en el regazo de la paz porfiriana. Acaso la historia misma no sea sino una larga y diversa acumulación de subversiones silenciosas, cambios que germinan lentamente y sólo muestran su verdadera dimensión en el tiempo, a la manera de la metáfora

¹⁰⁴ La ceniza y la semilla. pp49 y 50.

de Boris Pasternak. 'Nadie hace la historia, no se la ve, como no se ve crecer la hierba'.¹⁰⁵

El libro está dividido en tres partes: Señas de identidad, Apuntes para un fin de época y Epílogo, Que dan forma a siete pequeños ensayos. Se trata de una recopilación de artículos que fueron escritos para muy diversos propósitos: conferencias, presentaciones, entrevistas reseñas de libros. Es pues, un libro misceláneo en donde se intenta dejar la impresión de estar frente a un país de pasado vivo, cuyo presente no puede ser descifrado sin "distancia y paciencia históricas". Resulta interesante ver ligeramente la historia de cada uno de los textos, pues de esta manera es posible comprobar las mediaciones institucionales que intervienen en la producción intelectual de un autor.

La invención de México mezcla una conferencia sobre la identidad nacional que Aguilar Camín pronunció en la ciudad de Zacatecas en 1979, y la ponencia "North American Integration and the Mexican national Identity", leída en el ciclo Crossing National Frontiers: Invasión or Involvement? Celebrado en la Universidad de Columbia, Nueva York en diciembre de 1991.

Leviatán criollo se presentó en un ciclo de conferencias sobre el Estado mexicano, que organizó el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1982. Fue publicado en la revista *Historias*,

¹⁰⁵ p 15

de la dirección de Estudios Históricos del INAH en su número 3 enero- marzo de 1983.

Por una historia patria para adultos está compuesta por dos textos: "De la Nueva España a la España Nueva", leído dentro del curso La nueva imagen de España, organizado por la Universidad Complutense de Almería en agosto de 1992, el otro es la reseña del libro de Carlos Fuentes *El Espejo Enterrado*, leída en el Palacio de Minería en 1993.

El canto del futuro fue publicado en la revista nexos en abril de 1986. fue escrito o como parte de las actividades del autor en le Seminario de Historia Contemporánea de México de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.

Lectura de la democracia mexicana es la entrevista realizada en febrero de 1989 como parte de la *Encuesta sobre la democracia* que realizó José Agustín Ortiz Pinchetti.

La obligación del mundo es el ensayo leído en el Coloquio de Invierno Los Grandes cambios de Nuestro tiempo, bajo el título "El cambio mundial y la democracia en México" el coloquio tuvo lugar en Ciudad Universitaria en 1992.

Por último, *Subversiones Silenciosas* fue la lección inaugural del II Simposio de Historia contemporánea, organizado por la Dirección de Estudios Históricos del INAH y la Universidad Autónoma Metropolitana en Querétaro en 1988.

Unas palabras sobre La Guerra de Galio

Aguilar Camín manifiesta que, su vara de medir los acontecimientos que cuenta, es la Revolución, aquel movimiento que debía transformar las estructuras y fundar una nueva sociedad. Perteneciente a la generación de 68, bajo este manto protector, sentencia que los miembros de su generación veían a la Revolución Mexicana desde una perspectiva privilegiada, es decir, “tienen como ventaja decisiva que conocen la desembocadura del proceso; indagan el fetiche con la seguridad de saber a dónde ha conducido, cual era el tipo de sociedad que portaba en las entrañas y que hace sesenta años la violencia ayudo a parir”¹⁰⁶.

Después de la novela *Morir en el Golfo*, Héctor Aguilar Camín da a conocer en 1991 una exitosa obra, *La Guerra de Galio*, de casi 600 páginas, publicada por la editorial Cal y Arena. El personaje central de la novela sintetiza claramente una convicción: “El ensayo de Vigil no reincidía en esa mitología de la traición. La Revolución Mexicana no aparecía en su investigación, en ningún sentido, como un movimiento traicionado, sino precisamente como lo contrario: como una revolución cabalmente cumplida, lograda, del todo coherente con sus propósitos”¹⁰⁷. Es la historia de un joven, Carlos García Vigil, reconstruida por su profesor y amigo a través de los documentos a los cuales una de sus amantes, Oralia Ventura, tenía acceso. La documentación incluía un diario, notas cartas, en fin: una serie de documentos que va permitiendo reconstruir una existencia a través de vivencias

¹⁰⁶ “Ovación, denostación y prólogo” en Adolfo Gilly *et al.* *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. Nueva imagen- UNAM. México. 1979. p.12.

amorosas y familiares, de preocupaciones intelectuales, de impulsos investigativos, analíticos y, especialmente de la participación directa de García Vigil en el periodismo nacional, durante los años inmediatamente posteriores a 1968. Abarca desde el período final de Gustavo Díaz Ordaz, hasta los sexenios de José López Portillo y Miguel de la Madrid: ciclo marcado en México por el surgimiento de la guerrilla de orientación marxista, tanto en el campo como en la ciudad; por los asaltos a los bancos, por los secuestros a políticos y empresarios.

La Guerra de Galio recoge una atmósfera medida entre el terrorismo y sus consecuencias de clima psicológico, violencia, incertidumbre, miedos, etcétera.

Desde el punto de vista familiar, García Vigil está divorciado, tiene una hija, a quien ve y trata esporádicamente; ella es una figura clave cuando al final de la novela se transforma en estudiante en los cursos del profesor narrador para estructurar la narración como una novela cíclica.

En el plano amoroso García Vigil frecuenta tres mujeres: Mercedes Biedma, mucha burguesa, liberada no exenta de otros amoríos que se relaciona con el protagonista en actitudes entre poéticas y sadomasoquistas, hasta llegar a la enajenación mental. Oralia Ventura, casada, tributaria de sentimientos maternales y siempre dispuesta no sólo a colmar la sexualidad de García Vigil, sino también a ser compañera maternal, y alentadora práctica para que se escriba la historia de García Vigil. La tercera, Romelia, secretaria de uno de los administradores del periódico donde trabaja el protagonista, es una especie de Mata Hari burocrática a

¹⁰⁷ *La Guerra de Galio*. Cal y Arena. p109.

lo moderno cuyo único deseo es alimentar su erotismo femenino. Se podría agregar una cuarta Paloma, la ex compañera de Carlos Santoyo, con quien García Vigil tiene un fugaz contacto corporal.

En lo intelectual, García Vigil era un estudiante destacadísimo, interesado en la historia nacional, fundamentalmente la de los años de la Revolución, la que tratará de interpretar a partir de aquellos puntos que rompían con el criterio oficialista; pretenderá recuperarla por una pretensión manejada a través de investigaciones y documentos o simplemente desconocidos. Sus libros le dan éxito. Ejerce una profesión que le acarrea fama como editorialista y más tarde como investigador en el instituto de historia del castillo de Chapultepec.

Como periodista, García Vigil empieza a trabajar en *La República* y se pone en las manos del director, Octavio Salas. Éste, que conoce a fondo el medio –prestigiado por su labor de supremo diarista, sabedor de los juegos con que el poder interfiere en los mecanismos de la prensa nacional-, es sobretodo un individuo alucinado con una presencia mística de la misión del periodismo, un reformador de férrea voluntad de creencias y acciones que no le impiden fundar *La Vanguardia*, otro periódico, pese a conmociones de intereses sindicales y manipulaciones insultantes tanto para él como para García Vigil. Éste desencantado no sólo por el ambiente sino por tantas triquiñuelas se alejará de las funciones periodísticas.

Octavio Salas posibilita, entre las tantas denuncias que realiza en *La República*, descubrir el mundo de la guerrilla, no solamente su factor táctico sino todo ese

universo solapado y de la tortura que las fuerzas gubernamentales, policíacas y militares realizan al amparo de una administración desde todos puntos de vista corrupta, pero con el *leitmotiv* de “la grandeza y la tranquilidad del país”. En este momento de la narración adquiere mayor presencia la figura del guerrillero Santiago Santoyo, hermano de Carlos Santoyo, amigo íntimo de García Vigil, que después de la prisión y muerte de Santiago se vuelve también guerrillero de la *Liga 23 de Septiembre*, junto con su mujer Paloma Samperio.

En toda esta disposición de la vida privada y pública de los personajes, se testimonia la presencia circunstancial de Galio Bermúdez, un individuo un tanto ubicuo, influyente y politólogo que maneja su existencia acorde con teorizaciones sobre la realidad nacional. Conformista, siempre instalado en un alcoholismo permanente pero eso sí de rotunda sensibilidad.

A decir de Luis Mario Schneider:

“...las actuaciones y las disquisiciones con tintes de sabiduría de Galio Bermúdez, su conocimiento de los sótanos de la política mexicana”, no son los suficientemente relevantes para aprender la guerra secreta desde todos los puntos de vista sacados a flote mediante el periodismo: ejercicio que involucra preponderantemente a Octavio Salas y que también toca de refilón a Carlos García Vigil. Más aún, la obra pretende ser una épica de García Vigil cuando, bien mirado, la única epopeya de este personaje es haber actuado en la marginalidad de los sucesos de individuos que si se comprometieron en hechos de pretensión reformista o revolucionaria. “Quizás Aguilar Camín debería haber titulado a esta obra “La guerra de Salas”, pues éste realmente construye el nuevo periodismo mexicano. La épica, el sentimentalismo humanitario que permea la figura de García Vigil, solo se sustenta en el interiorismo de dolor y sufrimiento clásico de un ser humano dañado por las circunstancias propias de aquella generación actuante o inmediatamente posterior a 1968. “*La Guerra de Galio* es indudablemente una novela escrita en clave, por lo que carece de importancia para el lector reconocer los nombres propios, porque en definitiva, su valor radica en hacer saltar a la luz pública los entretijos

del período de negra contaminación social y política que vive México después de los años setenta”¹⁰⁸.

Carlos Fuentes ha visto una cercanía entre la novela de Aguilar Camín y la obra *Caracteres* de de La Bruyere sobretodo por las claves colocadas a lo largo del texto. Fuentes ve esto como un añadido o en todo caso un elemento que irá desvaneciéndose con el paso del tiempo, debido a que existen otros lugares en donde colocar la atención a leer esta novela. Detrás del disfraz que puede significar escribir una novela en clave existe en este trabajo una verdad y la verdad de esta obra es que es un canto sobre los desperdicios, un poema desde los sótanos de la existencia de eso que Adorno llamó una humanidad dañada. Igual que Adorno, Aguilar mira de frente al daño humano, pero se niega y nos niega cualquier impulso romántico al retorno prístino, a la restauración de la unidad perdida. No lo soportaríamos nos dicen Adorno y Aguilar.

“En cambio, podemos ir hacia adelante con la conciencia crítica de que, si hemos de crear valores los encontraremos en la ausencia de unidad, en la diversidad en eso que Bajtín celebra como fuerza centrífuga y sus manifestaciones novelísticas: la diversidad y conflicto de lenguajes, la novela como arena de lucha y encuentro de civilizaciones, tiempos, ideas, y no sólo de personajes.

“El tiempo y el lugar de ese encuentro en *La guerra de Galio* es la historia de México. Entre la picaresca y el melodrama, entre Lizardi y Revueltas, entre Payno y Azuela, entre Guzmán y Del Paso, la literatura mexicana ha dado obras que trascienden e incluso corroen los modelos de unidad que han constituido los disfraces de la legitimación en nuestro país. La virtud de *La guerra de galio* es que deslinda y distingue con una claridad deslumbrante, aunque en una atmósfera turbia, las pasiones y posiciones reales del disfraz político.

“País tomista en un sentido, México siempre le ha dado a la unidad y a la autoridad central que lo representa el poder necesario para obtener el bien común, que es el objetivo supremo de la política escolástica. *La guerra de galio* no demuestra esto, sino

¹⁰⁸ Luis Mario Schneider. *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. México. 1997. Nueva Imagen. p 126 y 127.

que lo encarna dramáticamente en el combate de dos élites: el gobierno y la prensa, La República y *La república*, el poder y el cuarto poder”¹⁰⁹.

Fuentes ve en *La Guerra de Galio* la historia de un duelo entre las dos élites de México: la oficial y la crítica. Pero es también parte de la historia de jóvenes guerrilleros de clase media que abandonan sus vidas para buscar la redención de las almas. Sin embargo El autor de *El Espejo Enterrado* pregunta: “¿Qué impedirá que, si llegarán al poder las guerrillas impusieran su ideología como una nueva élite movida por la razón histórica y el bien común?”.

La verdad continua Fuentes “es que todos los mexicanos hemos vivido por lo menos una parte de esta *Guerra de Galio*. Todos conocemos a los hombres brillantes que dejaron el talento en la charla de café, la borrachera, la política fraguada entre el burdel y al cantina, la comelitona y la antesala del señor ministro. Todos conocemos a las mujeres que perdieron el amor porque el amor fue el desperdicio máximo de éstas generaciones desperdiciadas”¹¹⁰. Es decir, entendemos *La Guerra de Galio* porque todos afrontamos las pérdidas, porque estamos llenos, copados por la perdición de los hombres. Aguilar parece sostener que es inútil el esfuerzo, los hombres están condenados a rumiar sus parquedades, a enfrentar el mundo con ánimo irresoluble, todo está perdido de antemano y es ocioso remendar el futuro.

Leída como una apuesta por la reivindicación de una generación que buscó tener su propio movimiento revolucionario, la novela de Aguilar Camín sirve para

¹⁰⁹ Carlos Fuentes. *Geografía de la novela*. México. 1993. Fondo de Cultura Económica. p 87-95.

acercarse a una forma de concebir la literatura en su relación con la historia. Como historiador y novelista prefiere escribir sobre aquello de lo que sabe la desembocadura, sobre lo que le permite cierta distancia y le ayuda a cruzar el umbral de lo real y lo ficticio sin arriesgar por lo desconocido.

¹¹⁰ *Ibid.* p. 92

Conclusiones

¿Qué tan diferente es nuestro mundo del mundo de hace veinte años o de los mundos que describen los historiadores en sus libros? El escritor italiano Claudio Magris trata de dar una respuesta en su libro *Utopía y desencanto*: “En los umbrales del año Dos mil no existe ningún *pathos* finalístico, pero ciertamente un profundo sentido de transformación radical de la civilización y de la misma humanidad y por consiguiente un sentido indiscutible del fin no del mundo, sino de un modo secular de vivirlo, de concebirlo y administrarlo”¹¹¹.

Si esto cierto, habría que preguntarse como esta particularidad de mi presente, de mi experiencia de vida aunada a la sensación de transformación radical de la civilización afecta mi forma de ver y entender la obra de cualquier historiador y en particular la de Héctor Aguilar Camín.

Entretanto esta posibilidad se elabora me parece importante recalcar que si los historiadores quieren definirse como especialistas en un campo particular con sus límites necesarios y como constructores de una discusión más amplia que la filosófica, la literaria o la de las ciencias sociales, es indispensable que piensen a partir de las obras de los otros. Sean estos filósofos, sociólogos, etnólogos, antropólogos, psicoanalistas o juristas, pues es en la suma de puntos de vista como el conocimiento histórico adquiere dimensión universal.

De acuerdo con la obra del filósofo francés Paul Ricoeur, estamos obligados a considerar que la historia es escritura y que por lo tanto, al ser escritura, utiliza los mismo procedimientos y figuras que la ficción. Debemos pues considerar a la vez la historia como escritura, compartiendo con la ficción sus procedimientos narrativos. A partir de esto, surge la posibilidad de pensar algunas de las distinciones entre historia y literatura.

Con la pérdida de una idea sencilla de relación entre el pasado y el discurso sobre el pasado, con la pérdida de la ilusión del aspecto científico de la historia a diferencia de las ciencias exactas, hay inscrita, de manera explícita o implícita, en cada práctica historiográfica (la cual debe producir el análisis de un conjunto de textos de una sociedad dada, de una evolución demográfica, de un cambio económico) una reflexión sobre su propio nivel de conocimiento. Las preguntas son: ¿Porqué existe esta interrogación de la historia sobre sí misma y particularmente sobre su forma narrativa?. ¿Porqué la historia ha tomado conciencia de su dimensión narrativa, aunque se escriba con cifras, cuadros o series de números? La aportación de una obra como, *Tiempo y narración* de Ricoeur, fue el reconocimiento de que incluso la historia más cuantitativa, menos descriptiva o más estructural es una historia que utiliza las figuras y los procedimientos de la narración. Si la historia del siglo XX se entiende como la voluntad de encontrar su carácter científico (series, cuantificación estadística, modelos matemáticos), ello ha sido una manera de dejar de pensar la dimensión narrativa en provecho de la dimensión científica, que se ha probado a través de las técnicas y los criterios utilizados por los historiadores. Pero como la historia no

¹¹¹ *Utopía y Desencanto*. p. 8.

es ya un conjunto de ejemplos, como no pensamos que la historia se despliega en el relato, como tenemos dudas acerca de el aspecto científico que otorgan las técnicas más cuantitativas, se ha insinuado entonces esta dimensión reflexiva de la historia.

Cada libro de historia representa un fragmento del pasado y, al mismo tiempo, se da como representación de este fragmento del pasado. De ahí surgen un sin fin de planteamientos metodológicos o teóricos que han poblado la discusión historiográfica en los últimos veinte años. Me parece que es posible utilizar la definición de cientificidad de la historia propuesta por Michel de Certeau al decir que la historia es científica si por ello entendemos "la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan controlar operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados"¹¹². En esta frase, cada palabra es importante: "producción de objetos determinados", el historiador produce su objeto, éste no viene de un pasado ya constituido como objeto científico; "operaciones" lo que significa que hay técnicas propias del enfoque histórico (la constitución de las fuentes, las técnicas de investigación) y por último, las "reglas", que permiten controlar estas operaciones y de esta forma establecer la historia como un conocimiento de naturaleza universal.

Esta definición resulta importante ya que en la actualidad existe un impulso muy fuerte de relacionar historia y memoria, y de esta forma construir historias particulares vinculadas a las expectativas de comunidades que fueron marginadas o reprimidas de un discurso dominante y con el recurso del pasado intentan

fundamentar su incorporación en el nivel de la identidad nacional de los Estados-naciones, o en el de las identidades étnicas religiosas o sexuales. Existe pues, una distinción que es necesario hacer, puesto que es necesario respetar estas iniciativas y pensar que esas identidades deben reconocerse como legítimas, ello nos es suficiente para considerar que la historia que producen con el fin de sostener sus reivindicaciones pertenece a la historia tal como la define Michel de Certeau, apoyada en operaciones técnicas controlables y verificables mediante reglas compartidas. Para el caso de Aguilar Camín y un libro como la *Frontera Nómada* sería prudente remarcar esta legitimidad que otorgan ciertos procedimientos validados por una comunidad académica para que se tomado en cuenta como una historia escrita con la pertinencias que el caso amerita. Estamos frente a un de las dificultades del mundo contemporáneo: la afirmación legítima de individuos o comunidades de su identidad y la necesidad de mantener la distancia adecuada en relación con la historia producida por estos grupos. En este trajinar que significa la reflexión en torno al que hacer histórico, es posible reconocer signos que nos adviertan sobre lo que legítimamente podemos reconocer como historia y aquello que no lo es. De manera que se deben mantener ese nivel “científico”, pues sólo mediante esta perspectiva la historia puede ser considerada como una disciplina crítica, capaz de revelar los mitos, o las historias que no lo son. Lo que explica la necesidad de esta reflexión teórica y metodológica dentro de cualquier investigación por más empírica que sea.

¹¹² Michel de Certeau. *La escritura de la historia*. Mexico. Universidad Iberoamericana. 1993. p. 68.

Y si el acontecimiento de quien escribe historia esta mediado por una serie de consideraciones de índole epistemológica, el acto de la lectura supone otro tanto, en una conferencia pronunciada en 1978, Jorge Luis Borges indicaba que un libro sólo adquiere existencia cuando tiene un lector que lo lee y que sus significados cambian con sus lecturas: “¿Qué son las palabras acostadas en un libro? ¿Qué son esos símbolos muerto? Nada absolutamente. ¿Qué es un libro si no lo abrimos? Es simplemente un cubo de papel y cuero, con hojas; pero si lo leemos ocurre algo raro, creo cambia cada vez. Heráclito dijo (lo he repetido demasiadas veces) que nadie baja dos veces al mismo río. Nadie baja dos veces al mismo río porque las aguas cambian, pero lo más terrible es que nosotros no somos menos fluidos que el río. Cada vez que leemos un libro, el libro ha cambiado, la connotación de las palabras es otra”.¹¹³

De este modo, nos enfrentamos a un fenómeno doble y en cierta medida definitorio de nuestra forma de incorporación a la modernidad. Las formas de escribir y de leer un acontecimiento. En este momento me resulta atractiva la idea de pensar una noción como la de : *cambio*; pensar en términos de continuidades y discontinuidades a la hora de narrar un acontecimiento. La idea de cambio puede ser sugerente no sólo para abordar a un historiador en particular sino también para pensar el propio proceso de reflexión sobre la lectura de un suceso. ¿Cómo concibe el cambio Héctor Aguilar? Un primer acercamiento me diría que lo piensa

¹¹³ Citado en *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México. Fondo de Cultura Económica. 1999. pp. 12-13

en términos de lo que se va fraguando lentamente en una sociedad. Y sin embargo, visto así, la idea de cambio no es analizada quizá sólo descrita.

Las ideas artísticas del siglo XX están ligadas al auge científico y tecnológico y a su manifestación en las actividades cotidianas de las sociedades. Rimbaud habla de qué “ser moderno es ser siempre distinto de sí mismo”. Es decir, el cambio la mutación permanente, es inherente al hombre de comienzos del siglo XX. En la mirada de los artistas de vanguardia futuristas, dadaístas, ultraístas, creacionistas, estridentistas, surrealistas se halla la gran transformación que representaron la electricidad y el ferrocarril, el teléfono y el automóvil.

Según el diccionario de Manuel Seco: cambiar se define como: Dar a una persona o cosa o desprenderse de ella para recibir o tomar otra que haga sus veces. b) Emitir y captar, o dar y recibir, alternativas o simultáneamente (palabras, mensajes o acciones mutuos.

2. Quitar a una persona o cosa para poner a otra que haga sus veces.

3. Quitar a alguien una cosa para darle otra de la misma especie

4 Dar a algo o alguien una situación, condición o apariencia diferentes de las que tiene.

5 Convertir una cosa en otra.

6 Pasar a tener alguien o algo otra situación, condición o apariencia

Cambiao Hecho de cambiar de manera importante y generalmente inesperada.

Cambio Acción de cambiar.

Libre cambio Sistema que defiende el libre intercambio de mercancías entre los estados.

2 Vuelto cantidad de dinero que se devuelve a quien hace un pago con moneda de valor superior al del importe. Conjunto de monedas o billetes de poco valor. Valor relativo de la moneda de un país con respecto a la de otro. Precio de cotización de un valor mercantil. Dispositivo que, en una bifurcación de vías férreas, permite seleccionar aquella por la que debe circular un tren o un tranvía. Se utiliza también como sinónimo de compensación o contrapartida (a cambio de). A las primeras de cambio significa: a la primera ocasión o enseguida. También se usa como "por el contrario y "en lugar de ello". En esta noción habría que señalar lo interesante que sería reflexionar sobre el uso coloquial de la noción tiene usted cambio?

Lo que como ven no dice mucho

Nada permanece todo fluye decía Heráclito (540- 475 a. C) cuando afirmaba que una persona no podía bañarse dos veces en el mismo río incorporó a la noción de "ser" de sus predecesores el concepto de "devenir", al que consideró una realidad básica inherente a todas las cosas, incluso a las más estables en apariencia.

Uno de los grandes logros del mundo burgués dice Marshall Berman ha sido:

"...liberar la capacidad y el impulso humanos para el desarrollo: para el cambio permanente, para la perpetua conmoción y renovación de todas las formas de vida personal y social. Este impulso, demuestra Marx, está inserto en las obras y las necesidades cotidianas de la vida burguesa. Todo el que está dentro de esta economía se encuentra sometido a la presión de una economía incesante, ya sea desde el otro lado de la acera o desde el otro lado del mundo. Sometido a esta presión, todo burgués desde el más pequeño al más poderoso, se ve forzado a innovar, simplemente para mantenerse a

flote, junto con su empresa; aquel que no cambie activamente por propia voluntad, se convertirá en víctima pasiva de los cambios impuestos por quienes dominan el mercado. Esto significa que la burguesía, tomada en su conjunto, "no puede existir sin revolucionar constantemente los medios de producción". Pero las fuerzas que dan forma a la economía moderna y la impulsan no pueden ser compartimentadas y cercenadas de la totalidad de la vida. La intensa e incesante presión para revolucionar la producción está abocada a desbordarse, transformando también lo que Marx llama las "condiciones de producción"(o alternativamente, las relaciones productivas "y, con ello, todas las relaciones sociales". En este punto, impulsado por el dinamismo desesperado que lucha por captar, Marx da un gran salto imaginativo:

"Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres al fin se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas."¹¹⁴

¿Dónde nos deja todo esto a nosotros, miembros de "la sociedad burguesa moderna"? Nos deja en posiciones extrañas y paradójicas. Nuestras vidas están controladas por una clase dominante con intereses creados no solamente en el cambio, sino también en la crisis y el caos. "Una incesante conmoción, una inquietud y un movimiento constantes", en vez de subvertir esta sociedad, sirven en realidad para fortalecerla. Las catástrofes se transforman en oportunidades lucrativas de más desarrollo y renovación; la desintegración actúa como una fuerza movilizadora y, por lo tanto, integradora. El único fantasma que realmente recorre la clase dominante moderna y pone en peligro al mundo que ha creado a su imagen es aquello que las elites tradicionales (y, ya que estamos, las masas tradicionales) siempre han anhelado: una sólida y prolongada estabilidad. En este mundo, la estabilidad sólo puede significar entropía, muerte lenta, en tanto que nuestro sentido del progreso y el crecimiento es nuestro único medio de saber con

¹¹⁴ *op.cit.* p.338

seguridad que estamos vivos. Decir que nuestra sociedad se esta desintegrando sólo quiere decir que está viva y goza de buena salud.

Sin embargo este tipo de consideraciones en donde se indaga sobre la estrategia narrativa y su función en la historia no debería olvidar que la práctica histórica sigue siendo la parte más importante para hacer historia. Es una fase de dudas y dificultades, de hallar una fuente que corresponda a la cuestión tratada, de acceso a los archivos, de incertidumbre frente al método más adecuado par estudiar y analizar los documentos, de azar para encontrar la veta que permita una investigación rigurosa. Todo esto constituye la realidad de la práctica de la historia, que después debe convertirse en escritura que se da a leer públicos profesionales y no profesionales. De este modo, el lector podría entrar a la fase de apropiación del texto para aumentar su conocimiento histórico en general o utilizar instrumentos de construcción intelectual para retroalimentar otros trabajos u otras. Disciplinas. Pero los historiadores no escriben a cada minuto como historiadores, escriben también una escritura no necesariamente pública: notas, fichas, el resumen, los cuadros estadísticos. Es el modo de construir sentido, y de dar coherencia, orden y forma a las múltiples escrituras que hacen posible los textos históricos. La Historia es finalmente una disciplina técnica que adquiere existencia en tanto se convierte en un discurso accesible y público que va a incorporarse a la reflexión colectiva.

Y en todo ello como pensar la actuación de un individuo concreto y su relación con el tiempo que le ha tocado en suerte presenciar, la historia de esta especie de

figura singular y libre, hasta donde sea posible pensarla, dice un proverbio árabe citado por Marc Bloch en su clásico *Introducción a la historia* que los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres, quienes atendemos a las miradas de largo plazo sabemos que el devenir de los seres humanos responde a razones individuales cruzadas por las consideraciones de un ámbito social determinado. Por aquello que se denomina el espíritu de una época (Zeitgeist). La forma de escribir historia de Héctor Aguilar Camín no se llama a engaño desentrevuelve el fetiche llamado Revolución Mexicana y lo permuta por la creencia sincera en el afán democrático.

En la nota a la segunda edición de *La Frontera Nómada* Camín escribió: “Releyendo y corrigiendo ***La frontera nómada***, veinte años después descubro que su materia tiene poco o nada que ver con esa construcción ideológica del establecimiento postrevolucionario. Su materia es la de unos hombres de frontera que fueron a la revolución sin saber que fundarían el estado mexicano moderno y su profusa mitología popular”.¹¹⁵

Quizá de lo que se trata en última instancia es de construir una tradición con el objetivo de estudiar a los historiadores y con ellos; las comunidades a las que pertenecen, sus discursos y los múltiples sentidos que éstos producen a lo largo del tiempo, las concepciones teóricas que utilizaron para realizar sus trabajos, las circunstancias que rodean el momento de dar a conocer un discurso y las circunstancias que rodean a quien lo recibe, en términos más amplios de lo que se

trata es de reflexionar sobre la escritura de la historia, ¿Cómo se hace?, ¿De qué está hecha?, y de este modo contribuir a la formación de lo que podría llamarse la crítica histórica en momentos en que la crítica es la condición *sine qua non* del conocimiento.

¹¹⁵ p.18

Bibliografía

Aguilar Camín, Héctor. "Ovación, denostación y prólogo" en *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. México. Nueva Imagen. 1992. pp11-19.

_____. "Memorias de una expropiación" en *Cuando los banqueros se van*, Enrique Florescano y Héctor Aguilar Camín (Comps). México. Océano. 1982. pp13-27.

_____. "Nociones presidenciales de cultura nacional" en *En Torno a la Cultura Nacional*, Héctor Aguilar Camín *et.al.* México. Instituto Nacional Indigenista- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1983. pp95- 144.

_____. "Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana" en *Caudillos y Campesinos en la Revolución Mexicana*, David Brading (Comp). México. Fondo de Cultura Económica. 1993. 2ª. Reimpresión. pp125-160.

_____. "Historia para hoy" en *Historia ¿para qué?*. México. Siglo XXI. 1980. 145-168pp.

_____. *Saldos de la Revolución. Cultura y política de México, 1910-1980*. México. Nueva Imagen. 1982. 275p.

_____. *La Guerra de Galio*. Cal y Arena. 1991. 590p.

_____. *La Frontera Nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*. México. Siglo XXI- Dirección General de Publicaciones. 1985. 415p.

_____. *A la sombra de la Revolución Mexicana*. México. Cal y Arena. 1993. 318p.

_____. *Subversiones Silenciosas. Ensayos de Historia y Política de México.* México. Aguilar. 1993. 215p.

_____. *Después del Milagro.* México. Cal y Arena. 1996. 296p.

_____. *México: La ceniza y la semilla.* México. Cal y Arena. 2001. 142p.

Bailey, David. "Revisionism and the Recent Historiography of the Mexican Revolution" en *Hispanic American Historical Review*, no. 58: 1. 1978. pp. 62 –79.

Berlin, Isaiah. *El erizo y la zorra.* Barcelona. Muchnik Editores. 1998.

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad.* México. 1984. SXXI editores. 367p.

Blanco, José Joaquín. "Alcanzar a Europa" en Blanco José Joaquín y José Woldenberg (Comps.). *México a Fines de siglo.* Tomo I. México. Fondo de Cultura Económica. 1993. 309p.

Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II.* México. Fondo de Cultura Económica. 2.a Reimpresión. 1987. 2 tomos.

Borges, Jorge Luis. *Nueva Antología Personal.* Barcelona. Editorial Bruguera. 1980.

_____. *Ficciones.* Buenos Aires, Emecé Editores. 1990.

Buñuel, Luis. *El Último Suspiro.* Barcelona. Plaza y Janés Editores. 1982. 303p.

Cárdenas García, Nicolás. "¿A quién debemos el orden de las palabras? El autor como problema historiográfico." en *Revista Fuentes Humanísticas.* Departamento

de Humanidades. Universidad Autónoma Metropolitana –Azcapotzalco. Año 10. 1º semestre de 2000. No. 20. 101-111p

Carr, Edward. H. *¿Qué es la historia?*. Barcelona. Seix Barral. 1981.

Cavafis, Constantino. *Poemas. (1911-1933)*. México. 1999. Dirección de literatura /Universidad Nacional Autónoma de México. Pp.38-39.

Collingwood, R. G. *Idea de la Historia*. México. Fondo de Cultura Económica. 1980.

Chartier, Roger. *El Malestar en la Historia. Discusión*. En *Fractal*. Número 3. Octubre- diciembre.1996. año 1. Volumen 1. Tomado de la página web de la revista: <http://www.fractal.com.mx>

_____ *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México. Fondo de Cultura Económica. 1999. pp. 12-13

De Certeau, Michel *La escritura de la historia*. Mexico. Universidad Iberoamericana. 1993. p. 68.

Diccionario de Literatura Universal. Ediciones Generales Anaya. Madrid. 1985. pp. 560-563.

Eco, Umberto. *Seis paseos por los bosques narrativos*. Barcelona. Editorial Lumen. 1996.

Falcón, Romana. "Riqueza historiográfica reciente: el caso mexicano" en *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Colombia. Universidad de Colombia. 1994. s/p. (material fotocopiado).

Florescano, Enrique. "Breve incursión a los sótanos del oficio", en *La Historia y el historiador*. México. Fondo de Cultura Económica. 1997. 38-62pp. (Fondo 2000 Cultura para Todos).

_____. *El nuevo pasado mexicano*. México. Cal y Arena. 1991. p99.

_____ y Ricardo Pérez Montfort. *Historiadores de México en el siglo XX*. México. 1995. Fondo de Cultura Económica. 558p.

Foucault, Michel. *El Orden del Discurso*. Barcelona. Tusquets Editores. 2.a edición en la colección Fábula, enero de 2002. p. 14.

Fuentes, Carlos. *Geografía de la novela*. México. 1993. Fondo de Cultura Económica. p 87-95.

Karlheinz., Stierle "Experiencia y forma narrativa. Anotaciones sobre su interdependencia en la ficción y la historiografía" en Silvia Pappe (coord.) *Debates recientes en la historiografía alemana*. México. Universidad Autónoma Metropolitana – Universidad Iberoamericana. 2000 pp. 457-499.

Knight, Alan. "Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana" en *Secuencia*. México. Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. Enero- abril de 1989. Número 13. pp. 23-43.

Lledó, Emilio. *El silencio de la escritura*. Madrid. Espasa – Calpe. 1998. 69-95pp.

Magris, Claudio. *Utopía y Desencanto*. Barcelona. Editorial Anagrama. 2001. 361p.

Matute Álvaro. "Setenta años de Historiografía Mexicana". en *El Boletín*. pp.30-40. (material fotocopiado).

Mendiola, Alfonso y Guillermo Zermeño. "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica" en *Historia y Graffa*. No. 4. Universidad Iberoamericana. 1995. 245-261p.

Musacchio, Humberto. *Milenios de México. Diccionario Enciclopédico de México*. México. Hoja Casa Editorial. 1999. Tomo I. pp.75-76.

Pappe Silvia, "Señales para un camino" en Jerónimo Romero, Saúl y Carmen Valdez Vega. (Coordinadores). *Memorias Primer Encuentro de Historiografía*. México. Universidad Autónoma Metropolitana – División de Ciencias Sociales y Humanidades. 1997. 432p.

Paoli Bolio, Francisco José *Conciencia y poder en México. Siglos XIX y XX*. México. Miguel Ángel Porrúa. 2002. 410p.

Paz, Octavio. "La Búsqueda del Presente" en *Fundación y Disidencia. Dominio Hispánico. Obras Completas*. Edición del Autor. México. Fondo de Cultura Económica. 1997. Tomo 3. 31-41pp.

_____ *Al Paso*. México. Seix Barral. 1992.

Rusen, Jörn. "La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas. Bosquejo del fondo histórico de la discusión actual" en *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*. Silvia Pappe (coord.). México. Universidad Autónoma Metropolitana- Universidad Iberoamericana. 2000. 235-263pp.

Sánchez Susarrey, Jaime. *El Debate Político e Intelectual en México*. México. Grijalbo. 1993. 160p.

Schneider, Luis Mario. *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. México. 1997. Nueva Imagen.

Steiner, George *Lenguaje y Silencio*. Barcelona. Gedisa. Segunda edición en bolsillo, mayo de 2000.

Thompson. E. P. "Folclor, Antropología e Historia Social". En *Historia Social y Antropología*. México. 1994. P. 56.

Vanderwood, Paul. J. "Explicando la Revolución mexicana". *Secuencia*. Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. Enero- abril. 1989. No. 13. P. 6

Vaughan, Mary Kay. *La política cultural en la revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México 1930- 1940*. México. Secretaría de Educación Pública. 2000. 405p.

White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica. 1992. pp. 9-50.

Wilde, Oscar. "El crítico artista" en *Obras Completas*. Madrid. Aguilar. 1970.

Zavala, Lauro (comp.) *Teorías de los cuentistas. Teorías del cuento 1*. México. 1995. Universidad Nacional Autónoma de México- Dirección de Difusión Cultural. 396p.